

Acad. II
Esp. 142

LAS CHARLAS
DISCURSOS LEÍDOS ANTE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR LOS EXCELENTÍSIMOS SEÑORES

DON FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

Y

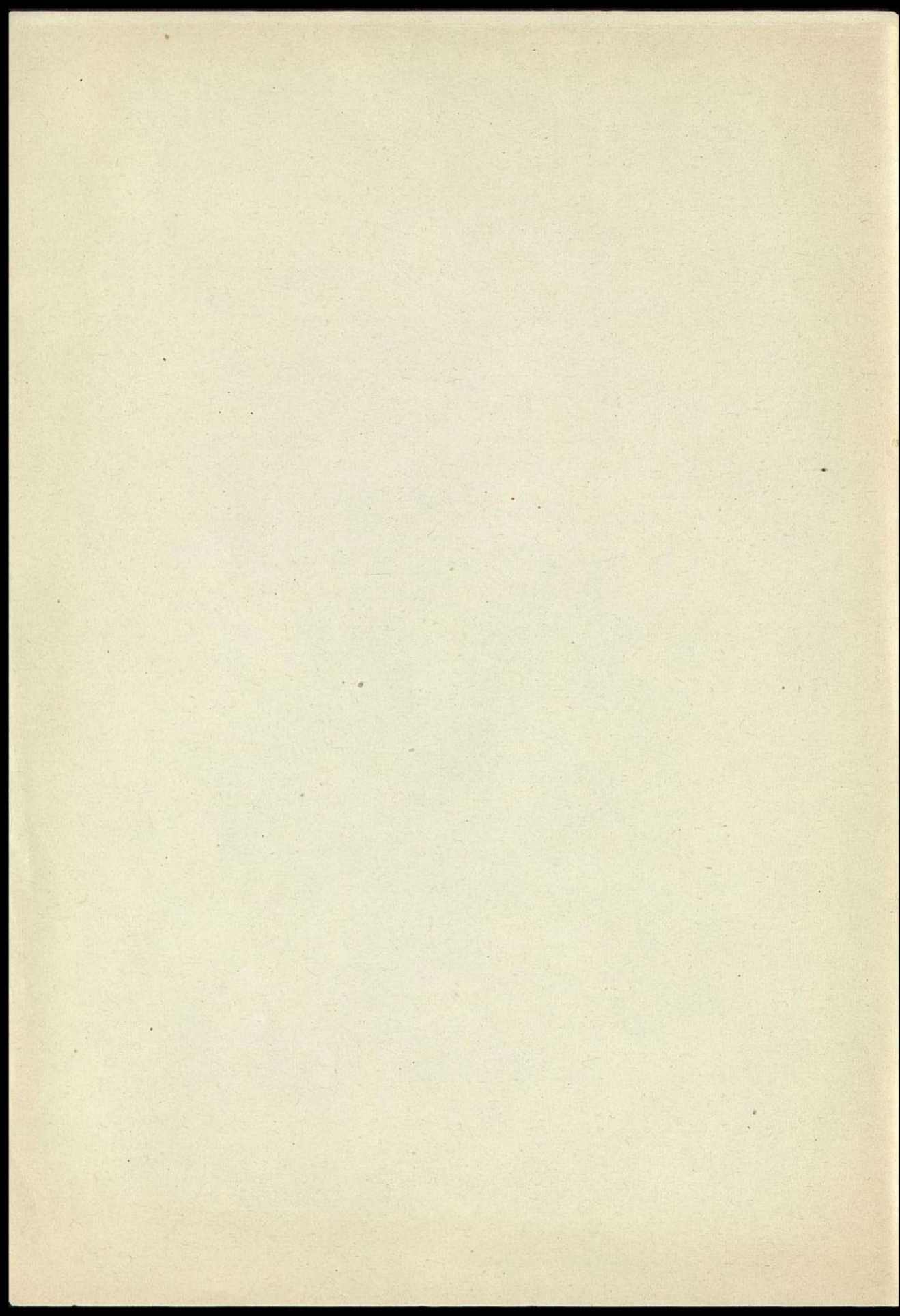
DON AGUSTÍN G. DE AMEZÚA Y MAYO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL PRIMERO

EL DÍA 19 DE ENERO DE 1941



MADRID
Editorial Tradicionalista
1941



LAS CHARLAS
DISCURSOS LEÍDOS ANTE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR LOS EXCELENTÍSIMOS SEÑORES

DON FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

Y

DON AGUSTÍN G. DE AMEZÚA Y MAYO

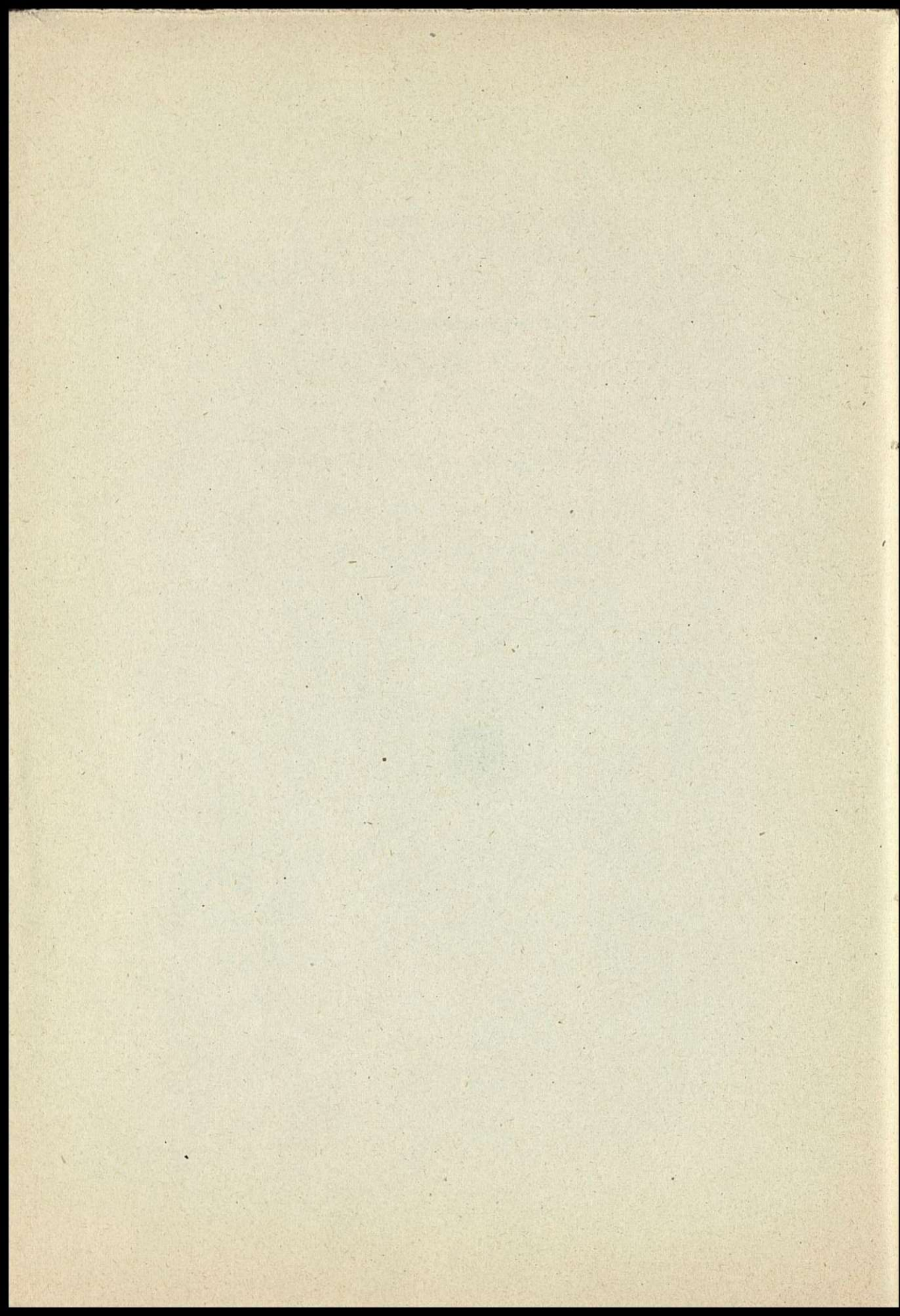
EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL PRIMERO

EL DÍA 19 DE ENERO DE 1941



MADRID
Editorial Tradicionalista
1941

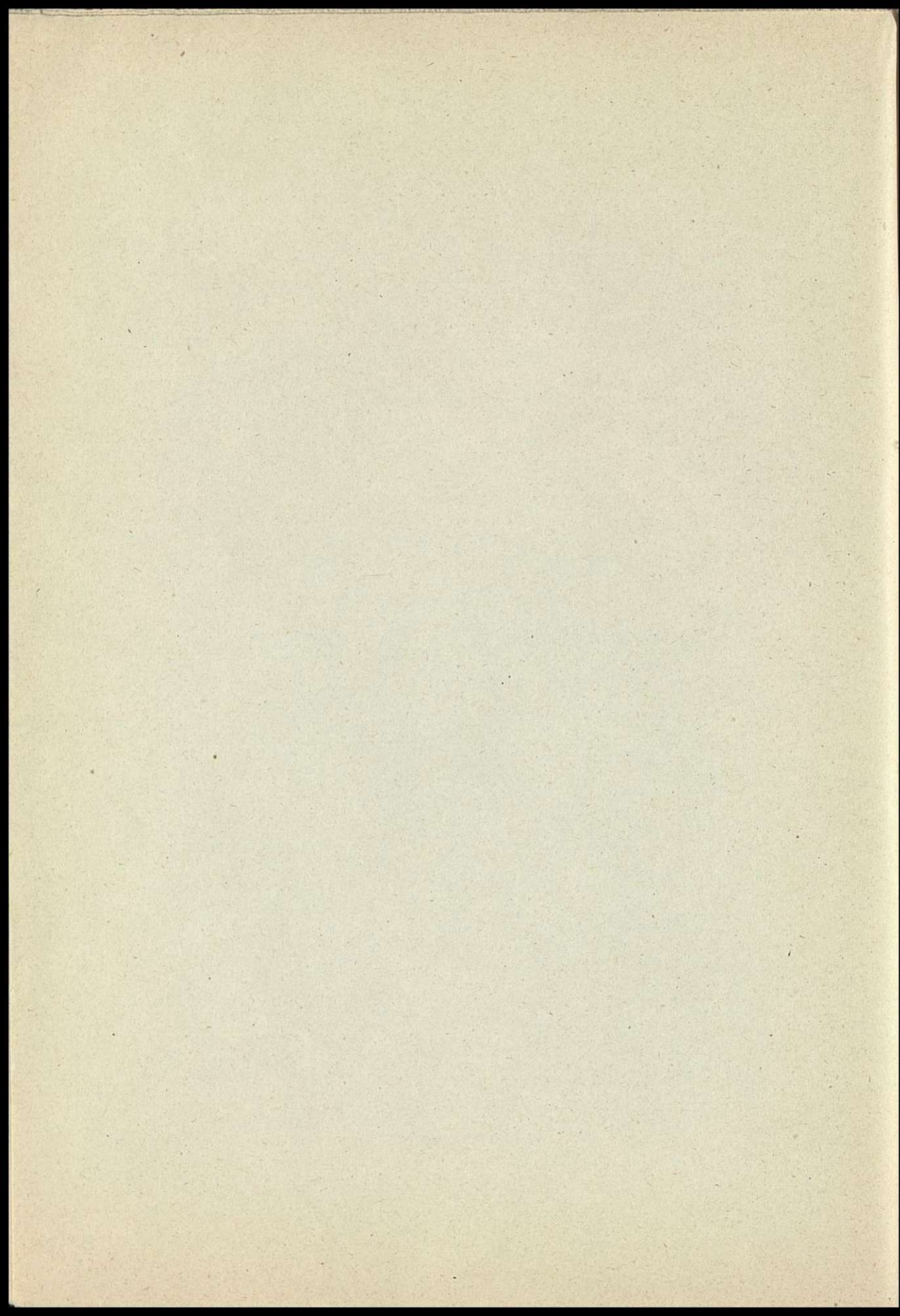
R-1111



DISCURSO

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON FEDERICO GARCÍA SANCHIZ



SEÑORES ACADÉMICOS :

Sin alarde, pero tampoco en confesión y con su arrepentimiento; de la misma manera que el nombre, edad y estado, he de declarar mi oficio de parlador. Soy uno de los pocos que en el mundo se dedicaron exclusivamente a la palabra hablada, y quizás su único profesional, en cuanto a España se refiere. Porque la oratoria política, la forense, inclusive la del púlpito, y la disertación de cátedra, y la divulgadora o de propaganda, constituyen, en suma, arma o utensilio de una actividad, ya egregia y hasta sagrada, ya utilitaria, de naturaleza y finalidad distintas a las del arte oral por sí propio. Compararíamos también discursos y conferencias con las alas y las ruedas, y no creo que haya que descifrar el símil. No; este vuestro servidor, a quien vosotros habéis conferido el galardón de nombrarle Académico, sintiéndose él, a más de lleno de gratitud, con el orgullo que, de poder experimentarlo, tendría la planta anónima a la cual magníficamente bautizara Linneo, se consagró en lo mejor de su vida nada más que a hablar, por el

júbilo del decir; y, con su caravana de vocablos, no ha cesado de rodar por el mundo entero, bastándole ellos para la existencia ambiciosa de la ilusión, la imperativa del deber público y privado, y la que suele llamarse cotidiana, que es tan exigente.

Pues bien, señores: la singularidad de tal destino vese derrotada por otra que acaso anula mis andanzas pretéritas, fijándolas, cuando menos, en su verdadero y escaso valor, si no encierra un aviso de la humildad ante el riesgo de las vanidades. He aquí al parlante por antonomasia, obligado, en las ocasiones de mayor solemnidad, a la renuncia y olvido de aquello que le caracteriza, y a entregarse a la escritura y la lectura. Respetables y respetadas fórmulas protocolarias imponen esto de cantar con la solfa en las manos. Así me sucedió, por ejemplo, cuando obtuve, aunque indigno, el privilegio de rendir ante Santiago, arrodillándome al pie de su imagen del altar de Compostela, la ofrenda instituída en el siglo XVI por las Cortes de los Reinos de León y Castilla, y así acaece ahora, en el acto de máxima representación a que se llega en el cultivo de las Letras. Norabuena y las más sumisas gracias. Pero no sería justo, ni discreto, ni caballeroso, abandonar a la entrada a mi *alter ego*, que primero que el nuevo titular de la silla que ocuparon Lista, Alarcón y Barbieri, nombres que oscurecen totalmente el mío, consiguió vuestra benevolencia, y por el que yo me encuentro en tan alta fortuna. Imitemos a los grandes. Cisneros llevaba debajo de la púrpura el sayal franciscano; consiéntasele al flamante Académico referirse con no disimulada ternura a su compañero, el de las *Charlas*, el *Charlista*, y la docta asamblea excuse si para señalarlo, he tenido que recurrir

a ese neologismo, por el cual se le conoce, y que es un resabio de su vida original y libre.

* * *

En medio de las rituales exigencias, una positiva compensación halla su cautivo, como si fuese alentadora prueba de las ventajas de la disciplina. Por una vez no dispersará el aire las palabras dichas en honor de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, según me sucedió en muchas ocasiones, sino que han de quedar fijas en el papel; y no está uno tan sobrado de garantías en cuanto al buen gusto y la cordialidad, de que no quisiera que se me desposeyese, como para desdeñar este leal testimonio, poco o nada en la gloria de los maestros, mas que acredítame a mí con las mencionadas cualidades.

El ilustre pintor Benedito ha hecho el retrato de sus amigos Serafín y Joaquín, muerto ya Serafín, quien aparece en un espejo, cristal empañado como el de las *Meninas*, que esfuma la corporeidad de la imagen. ¿No será la conciencia de Joaquín, el cual resalta en primer término del cuadro? Al desaparecer uno de los dos hermanos, su memoria ha ido a refugiarse en lo más íntimo del que le sobrevive, y ahora mismo yo no sé si me escucha éste o aquél, y, en todo caso, el que se fué mostrará a su inseparable la estela de la obra común, y el que por fortuna aún está entre nosotros contará a su alma, que es decir *el otro*, cómo su recuerdo continúa con tal nostalgia en las gentes, que, reconociendo por inmortal a Serafín Alvarez Quintero, preferimos tenerle por inolvidable.

Más que nadie siento yo la dulce tristeza, porque a

lo largo de los años pude apreciar la finísima calidad de su espíritu, y siempre por singulares rasgos en mi favor. ¿Cabe desnaturalizar la luz, al dividirla, por ejemplo, cerrándole al sol nuestras casas? Su lumbre permanecerá en la calle, en el patio, en la azotea. A petición de Joaquín Alvarez Quintero se otorgó al *Pobrecito Hablador*, como también me llaman, la honra de ocupar el mismo sillón de que era titular el preclaro ingenio cuya ausencia nunca lloraremos bastante; y he aquí una generosidad privativa del testador y el testamentario, correspondiente a una manera quinteriana, reservada a lo particular y afectivo—como en una edición existen ejemplares numerados, no venales—, preferente a la literaria y teatral, y a la cual con justicia se celebra en extremo. Harto conozco, Joaquín, el culto a los muertos para no estimar hasta lo inefable el desprendimiento tuyo, donándome lo que consideras sin tasación posible en el mundo. Ninguna maldad que no sea redimida por tanta nobleza; ningún honor equivalente en el pasado y el porvenir. Cuando me lo dijeron, no a ti, a Dios hube de dar gracias, pues sobrehumana cosa semeja que los humanos alcancen a humanarse con la perfección de tu señorío, asistiendo a mi humildad, en mutuo consuelo del dolor de entrambos.

Persiste el dualismo de presencia y ausencia en lo que toca a la producción artística de los hermanos Alvarez Quintero, que aún en plena actividad viviente, mereció el tributo del bronce y el mármol, como lo atestigua el monumento erigido en el Retiro, y, rareza todavía más difícil de conseguir: no ha sido enterrada en él, sino que alienta y enamora en torno a su apoteosis, burlando la tradicional significación póstuma de tales

honras. ¿Qué añadidura requieren gloria tan consagrada, liberalidad tan permanente y copiosa? Por mi parte, acudo con algo, si ajeno al estudio de la crítica, pues se reduce a un testimonio recogido en mis andanzas, quizás por lo mismo de una elocuencia inédita en el concurso laudatorio. Yo soy testigo de la devoción que el teatro quinteriano inspira en el mundo de habla española, y que se manifiesta, desde luego, en el aplauso a las compañías peninsulares que lo representan, y con mayor impulso, si cabe, en la predilección de los criollos por los célebres autores de *Los galeotes*, *El patio* y *El amor que pasa*, y por la comedia que elige la juventud hispanoamericana, cuando exhuma repertorios de donde sacar la obra de su recreo, o con el acostumbrado fin benéfico. Y he ahí un motivo muy importante de gratitud a Joaquín y Serafín Álvarez Quintero. De gratitud patriótica: su numen, de una absoluta veracidad nacional en todo, guía y enseña a la *muchachada*, como allá se dice, rondando solariegos arcaísmos; y quede para vosotros, señores Académicos, el cálculo de los bienes derivados de esa tutela, que en mi modestia he creído que debía revelaros, siendo como es la Academia Española, por su ministerio y magisterio de la lengua castellana, supremo vínculo de los pueblos trasatlánticos con su antigua metrópoli, la Casa grande de la Hispanidad.

Entretejido ya con el laurel nativo el de Indias, y ofrendada a quien la justifica la corona del virreinato espiritual, consiéntaseme deleitarme en el vergel sevillano, de donde, en fin de cuentas, salían, y adonde regresaban, los virreyes. Por encima, si no de lo hondo, de cuantas excelsitudes avaloran la quinteriana empresa, estimo, quiero yo, si vale la entrañable expresión, su

andalucismo, fuera del ornato que ello proporciona, y de las virtudes inherentes a la minerva bética, por lo que asegura la legitimidad de sus frutos. El universo de personajes que imagina un novelista o un dramaturgo puede agruparse en un hotel o en una sala de espera, según su origen, permanencia y destino, y sin que nada de esto influya en la calidad estética de los muñecos. La ventaja del artista no extranjerizado, que bautiza a sus figuras en su parroquia, las aloja en su casa y las lleva al camposanto local, consiste en la duración del héroe y su séquito, tipos de raza y no siluetas efímeras, como los huéspedes. Si se despoblara el retablo galdosiano, en calles y plazuelas encontraríamos los modelos de Don Benito, y nadie daría, en cambio, con el *Pirata* fantaseado por Espronceda; y conste que aludo a una adaptación, no digamos si se tratase de criaturas exóticas, para colmo, moviéndose en su ambiente peculiar. En este caso, el espectáculo no hace más que eclipsar la realidad eterna, y que acaba por imponerse definitivamente. Se me replicará que el provincialismo, y aun el nacionalismo, encierran una forzosa limitación. En amplitud, sí; nunca en profundidad y altura. *Cancionera*, una de las ejemplares creaciones de Joaquín y Serafín Álvarez Quintero, de folklórico símbolo asciende a mujer popular genuina, y se parece entonces a las tallas del hispanense Viernes Santo. Miradla ya en el cielo con la *Macarena*...

Pero, si continúo, en vez del discurso de ingreso en la Academia, voy a hacer lo que allá abajo se llama *pelar la pava*. Cúlpele a la quinteriana musa, de quien no hay modo de alejarse.

¿Y soy yo un Académico, en su aspecto social, pues está fuera de duda que en lo demás no poseo ninguna de las características: ciencia, autoridad y servicios a la cultura patria? Se puede, sin embargo, no pertenecer por derecho propio a una corporación, y no encontrarse de intruso en ella. Así en el *Quijote*, curso de hechos y caminos, fué a guarecerse, por ejemplo, el relato del cautivo y la mora, de muy distinta naturaleza que el constante ejecutar del Caballero, historias recordadas; y así Menelao, remontándonos a la antigüedad, sacrifica reses en honor de los viajeros que el mar le depara. No he invocado caprichosamente el Mediterráneo, y sus narraciones, la del esclavo y las homéricas; que han de apadrinarme ponto y vagabundos locuaces, ó, si se prefiere, han de justificar mi oficio, que se confunde con mi vida.

Aquella identificación de los personajes quinterianos con Andalucía se elevó en uno, trasladada a Levante, a un grado tal, que el *charlista* no sólo encarna su casta marinera y parladora, sino que una y otra actividad, ayudándose, como la vela y los remos en el juego a que obliga el tiempo, de consuno las dos lo empujaron horizonte tras horizonte, y siempre al desembarcar me proclamaba yo «hispano y levantino», significando lo primero santiaguismo, y considerándome después como el último nieto de Ulises.

Invitado por algunas personalidades de la Casa a desarrollar en mi recepción el tema del que soy inseparable, y que me forzaría a vacilar si tuviese que decidir quién ha prestado la existencia a quién, si él a mí o viceversa, pienso en el narrador arriba mencionado, y no aspiro más que a seguirle, en cuanto a introducir un pa-



saje superfluo en la cervantina obra, una *charla* en medio de vuestros importantes quehaceres, y de sobra sé que ahí acaba la relación con el modelo.

Ayúdenme también las sabidas palabras que Cicerón atribuye a Craso: «Y como no me imponéis una carga muy pesada, ni me preguntáis, en general, sobre el arte oratoria, sino sobre esta facultad mía como quiera que ella sea, os daré una razón, no muy recóndita, difícil, magnífica ni grave, del método que yo solía usar cuando en mi adolescencia ejercitaba estos estudios.»

* * *

¡ Sólo Alá es grande, fuerte, misericordioso... ! Excusad, señores, la morisca manera, a la que me obliga un compromiso de compañerismo, sellado, pública y solemnemente, un día entre los días del esplendor africano. Aquel en que el más viejo de los declamadores de *Las mil y una noches*, celebrado en los corros de Fez y Tetuán, y aun se decía si los formó también en El Cairo, y en Damasco, el de los bazares; luego de templar un pandero en una fogata de virutas y de unirlo en el roce contra su pecho y sus labios, ni siquiera desprovistos del óleo ritual, bien que espontáneo y con el nombre no menos pingüe de grasas, me lo entregó; ceremonia en el género de las investiduras de muceta y toga, y por la que yo era declarado narrador *honoris causa* del zoco. Fué en un lugar de Marruecos, años hace, una tarde pobladísima de saltarines, flautistas con sus serpientes y mercaderes de dulces y collares de falso ámbar. Me recibió, diríamos, el claustro en pleno. Y embelleció la solemnidad el vuelo de las multiplicadas

golondrinas, que rozaban los amplios sombreros de paja de las mujeres, cuyos ojos, al borde de la máscara legendaria, sonreían a la insólita aventura.

Un decidor cristiano se enlazaba con los del creciente, y con igual facilidad hubiera podido repetirse el acto a la redonda del Mediterráneo, unidos como están sus pueblos por la predestinación en la palabra. No la han inventado ellos; pero nadie se les compare en su cultivo, en su culto.

La tierra abierta bajo un cielo propicio con su diaphanidad, el clima del olivo y la vid, templada la propia blandura por el vaho del mar, romana terma del paisaje, inducen a vivir al aire libre, y *ab aeterno* con las consiguientes asambleas, y los paseantes, y los desocupados, inmóviles en el placer del sol. Brota el diálogo, ocio entretenido, sabroso; coinciden en improvisarse la multitud y su predicador; y no falta, inclusive, quien, imbuído por reminiscencias mitológicas o por la clara filosofía, que allí no se aprenden, sino que se respiran, cree fecundar con su boca el éter.

Mediterráneo de las sirenas, y queda dicho con esto su auditiva pasión. Referir y escuchar es lo que se hace en sus orillas, desde mucho tiempo ha y para siempre, viciosas de ese gusto, en que le iniciaron el fenicio, que valora su feria; el rapsoda, el mílite, contando sus campañas; el retórico, el sofista, el actor, el tribuno y, por último, el apóstol. Al cabo de los siglos, San Vicente Ferrer, suma levantina, explicará la presencia de Cristo en las innumerables hostias, recurriendo a una observación de naturaleza oral: el Señor se halla en todos los panes consagrados, como la voz del misionero en todos los oídos.

Y, anotemos la curiosa circunstancia: Rodas y Alejandría, las famosas escuelas del arte, si procuraban los medios de triunfar, no concedían prerrogativas. Demóstenes se suicidó, envenenándose; asesinado fué Cicerón, y a Sócrates, tan ajeno a la grandilocuencia como consustancial con la elocuencia, se le condenó a beber la cicuta. No se juzgaba privilegio el don de la oratoria; nadie sentíase excluído de alcanzarlo en las democracias aquellas, que, en efecto, educaban a los ciudadanos con tal finalidad. «Ser verdaderamente griego, afirma un testigo y glosador de los usos clásicos, consiste en saber conversar con los hombres.»

Abundan en la cuenca del *Mare Nostrum* las recomendaciones y alabanzas de la facultad de hablar, ya con sublime arrebató, ya con persuasiva dialéctica; de *expresarse*, digámoslo de una vez. He aquí un texto significativo: «En muchas cosas—dice el romano—me parece que somos más humildes y débiles que las bestias; pero les excedemos, por disponer de la palabra.»

¿A qué continuar buscando certificados y testimonios si, de seguro, acudió a vuestra memoria el supremo e insustituible? Llevada la cosa a lo divino, repitamos de nuevo: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios.»

* * *

Mediterráneo de cepa, valenciano—no se olvide, por cierto, que la Universidad de Valencia sostuvo dos cátedras de oratoria en las genuinas y magníficas centurias forales—, quien tiene hoy el honor de dirigirse a tan respetable asamblea, permitiéndose desplegar banderas

en homenaje a uno de los triunfos clásicos de su estirpe, el arte de hablar, no encontraba consideración igual a la nuestra en círculos menos autorizados, allá cuando, mitad pastor, mitad marinero, con el bozo de sus años adolescentes, vino a Madrid, enriquecido su bagaje con una flauta oriental, la de congregár las cabras y las ovejas, acompasar el esfuerzo de los remeros y armonizar los discursos.

Nada, en verdad, importa la aclaración, dada mi modestia; pero no creáis que fantaseo y simbolizo excesivamente, achaque también de aquellas latitudes, donde razonamos con imágenes. Sin duda me envolvía entonces un halo de levantimismo, y el llorado Gabriel Miró, numen de los huertos y las playas regnícolas, solía decirme que al desprenderse de mi abrazo quedaban sus ropas llenas de hierbecillas y de conchas menudas, carga habitual en mí, delatora de la vernacular procedencia.

Por ineludible añadidura sumábase a lo anterior la condición verbosa, y he aquí la causa de inagotables polémicas en los mentideros cortesanos. La palabra había caído en un descrédito profundo. Recordaréis cómo, a raíz de la pérdida de las Colonias, se buscó el germen de nuestra decadencia y ruina, y lo hallaron geniales investigadores en cosas cuya responsabilidad no podía sospecharse; por ejemplo, los garbanzos. Y tal vez no se equivocaba el autor de ese dictamen. Porque acostumbrándose ya en dicho tiempo a llamar *almuerzo* a la mesa del mediodía, indudable era que no comíamos; con que estábamos débiles, encima de extranjerizados, doble anemia peligrosísima. Otro de los hallazgos fué la culpabilidad de los oradores. De semidioses pasaron a falsarios y a parásitos, a histriónica ralea. Se decretó

su extérminio con la irreductible decisión del país en sus acuerdos, que le lleva a emigrar de un paroxismo a su antípoda. Cuentan de San Gregorio el Taumaturgo, discípulo de Orígenes, que al posesionarse de la silla episcopal de Neocesárea sólo se reunieron diecisiete cristianos en torno suyo, y que sólo diecisiete gentiles persistían en su error, treinta años después, en el 270, que murió el santo. Lo único que en esto nos asombra a nosotros es la lentitud de la conversión.

Así como en determinadas circunstancias la política resigna el mando en el Ejército, a principios de siglo lo cedió a un grupo ya histórico de escritores, cuya obra no me incumbe juzgar. Limítome al registro del hecho de que sus teorías caducaron, en tanto perduran sus grandes y numerosos aciertos artísticos. Estos escritores ejercieron una positiva soberanía intelectual, y, entre sus negaciones, descollaba la relativa a la elocuencia, acusándosela, repito, de complicidad en el deshonor patrio, y de ahí salió considerar como falsos profetas a los tribunos. El Parlamento, el Foro, la Iglesia, contaban aún con celebridades; pero reducidas a sus inalienables campos de acción; perdida la influencia pública. Ninguno de los indicados literatos se asomó al palenque, y, en todo caso, para leer unas cuartillas, siempre desviadas de la multiseccular expresión nacional. No opino, no hago sino señalar las características de una época, en cuanto se relaciona con el tema aquí estudiado. Mas séame lícito invocar la venerable figura de aquel que representaba lo opuesto a la crítica entristecida, ejerciéndola por su parte con la más generosa abundancia, hasta convertirla en creación sublime. A su alrededor flotaba un mundo de glorias españolas, en su mayoría compuesto

por las voces ardientes y ricas de que pretendíamos alejarnos, y ahogándolas, en efecto, allá en los archivos universitarios y conventuales, letra muerta. Iba por lo común abstraído en medio de la muchedumbre, como no le acompañase alguno de vosotros, precisamente alguno de vosotros. Sus ojos, en perpetuo pasmo, ciegos a la calle. La barba, de una blancura áurea, cola de su bermejo rostro montañés, apenas domada por la maquinal caricia del lector. Don Marcelino. Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Llevaba caída la capa y, desconocido por su pueblo, era otro shakespearano Rey Lear. También él, como éste a sus hijas, nos había dado un reino.

* * *

Por de contado, señores, el destierro de Calíope, devuelta al Parnaso familiar, no significaba el ocio de las lenguas; y ¿cuándo enmudecería Madrid? Los cafés, los casinos, las tertulias en las aceras de las calles principales, vienen a ser una especie de marismas donde no faltan ni la fiebre, ni el pájaro de paso, que se caza con la escopeta entre los juncos. En torno a Roma hubo las infecciosas lagunas que antes constituían el orgullo de aquel agrario pueblo. El abandono que convirtió el mismo *Forum Magnum* en prado de vacas, llenó de maleza y charcos la antigua planicie del riego y los cultivos magníficos. Mudanza, en cierto modo, parecida fué la del imperial clamorear de la metrópoli de la Edad de Oro, luego degenerado en unos discreteos de la corte, y, por último, en los rumores del latifundio caído en su viciosa espontaneidad. Por las fechas a que estoy refiriéndome, desde la primera hora de la tarde a la ma-

drugada, y, vale decirlo, con ese donaire privativo de nuestra coronada villa, como la luz de su cielo y el agua del Lozoya, poníanse en limpio, alrededor de los veladores de mármol o en un corro de butacas, o al aire libre, y nunca lejos de la Puerta del Sol, las minutas por la mañana preparadas en las covachuelas públicas.

En cuanto a la calidad oral, no existía, por carecer en conjunto el mentidero de la vocación estética mediterránea. Aquellos vociferadores ignoraban la armonía del diálogo, comenzando por no escucharse unos a otros. En Salamanca, resabio, sin duda, de los días escolásticos, vense círculos discursivos en las arboladas afueras de la ciudad, como si examinaran una tesis. Las reuniones madrileñas—aludo siempre a las de hace veinte años—eran reductos contra la incomodidad doméstica o el resquemor profesional o cívico, con dianas de la despreocupación.

Y sobre todo, la universal gritería rechazaba el propósito de ascender a la categoría de salón, pórtico o academia. Ya comenzaba a renegarse de los antiguos españoles; de más de un Quintiliano habíase desvanecido enteramente el rastro.

Con la seductora desgana con que se vivía en Madrid, el propio idioma sufrió donosas alteraciones, que lo salpicaban de guiños y hoyuelos, y de lunares, en cualquier sentido del término, poniéndolo como cara de manola; y así os explicaréis la emoción que sentí una vez que, viajando por los Campos Góticos, me detuve en una tapia, junto al Duero, embelesado de oír a unas mozas que, del otro lado de las piedras y no sospechando ser oídas, hablaban el más puro castellano, con su sonido, agudeza y exactitud de maravilla.

En fin, apartadas las autoridades excepcionales, y mientras surgían las que después llegaron, como Eugenio Montes y José María Pemán, que rescataron la elocuencia y, con sus mejores galas, la han traído aquí, donde esperaba la del Excelentísimo y Reverendísimo Doctor Eijo, revestida de pontifical, pudo decirse con el Salmista, respecto de la palabra, por nadie amparada en su soledad : «Señor, a vos dejan el pobre».

* * *

Y rompí a hablar. Acaso la novedad, si la hubiere, del género por mí cultivado, se deba al rebote, pues sin la persecución de que era objeto el arte verbal, quizás no saldría yo confesándolo con aquel entusiasmo de catecúmeno, del cual emergía como directriz la idea reivindicatoria, y aun la vindicativa. Por de pronto, no me propuse sino demostrar, en la medida de mis fuerzas y a falta de buenos, la virtud de la palabra.

Al mismo tiempo atendía a los empecinados detractores, seguro de captar alguna razón en su sinrazón. ¿No se averigua en el cadáver el veneno a que se debió la muerte? Mis proyectos, como se ve, tocaban en reforma; no las gastaba menores *mi Paternidad*.

Mentiría, ciertamente, si desplegase un complicado aparato heráldico en honor de mi empresa, adornándola con un abolengo deslumbrante. No anduve en pesquisas, por ejemplo, sobre las diferencias que establecían los antiguos entre la manera ática y la asiática, y entre los oradores medios y los grandilocuentes. Sin contar que el propio Cicerón había dicho : «Yo no divido a los oradores, busco al orador perfecto, y la perfección

es un género solo.» Y añadió : «Es elocuente el que puede decir con agudeza las cosas humildes, con riqueza y esplendidez las de más alta importancia, y en estilo templado las medianas.» ¿Hubo, en carne y hueso, tal modelo? Porque el gran clásico termina : «Si yo pudiera asir con la mano a este orador perfecto, ni él con toda su elocuencia podría persuadirme a que lo soltase.»

Obsérvese que las máximas piezas de la oratoria, arte como ninguno obligado a las circunstancias del momento y la escena, pasaron a ser ejercicios retóricos para enseñanza de los escolares, desde la *Corona* de Demóstenes a las *Catilinarias*, los panegíricos de Bossuet y los sermonarios de la escuela española. Los románticos siguen impresionando en las antologías, donde sólo se recoge el relámpago de su tempestad. Pero lo que se llama influir en uno, provocando un remoto acento la misma emoción personal que provocó en días ya legendarios, moviéndonos a llorar y a reír, confieso, por mi parte, no haberlo hallado sino muy raras veces ; y pongo por caso el de San Vicente Ferrer, quien, como de extrañas multitudes era comprendido, dirígese aún a la posteridad, no marchita su locución, rápida, breve, coloreada, mordaz o conmovida hasta el sollozo. Verdaderamente pocos predicadores habrá habido tan humanos como el sin par misionero. No se proponía desarrollar una tesis al uso de las cátedras y los paraninfos, sino que la vivía, empolvándola y sudándola, ensangrentándola, por los caminos del mundo.

En el curso de mis trabajos hice curiosas disquisiciones. He aquí una : si el orador se equivoca, embarullando una frase, no protesta el auditorio, como suele con los actores en igual trance, y, en cambio, no gusta

de oírle repetir un discurso ni un párrafo, mientras que solicita del cómico predilecto la reposición de una obra o la repetición de una escena. ¿No será esto una inconsciente reminiscencia del culto a profetas y pitonisas? En el sentir de la muchedumbre, la brillantez y la rotundidad bajan del cielo, junto con el espíritu inflamado; y no considera el pueblo dignas del sacerdocio otras voces que las altisonantes, a las que excusa de la profesional servidumbre, aunque exigiéndoles una perpetua revelación.

Cierto; y, sin embargo, el mismo Dios no se expresó nunca en magníficos períodos cuando humanado estuvo en la tierra. El Sermón de la Montaña es el primero de los humildes bienaventurados a quienes fué dicho, una tarde de melancolía, dulce como la miel. Esa oratoria, perfumada por el heno a que el Evangelio huele, jamás decaerá ni ha de temer las alternativas del gusto. Sí; los doctores compadecían irónicamente a Jesús, el escuchado por mujeres. Lo que entonces sólo a ellas interesaba, ha venido luego, por los siglos de los siglos, desvelando a las máximas figuras de la humanidad.

Ordenemos los motivos de cuanto antecede, y se habrá dado con la génesis de las *Charlas*, como de las iniciales de un acróstico sale un vocablo. Fueron sus elementos: amor a la palabra, hasta verla en el aire con sugestiva plasticidad y pronunciarla como si se la paladease; congruencia del ritmo con el de nuestro tiempo; dádiva de lo íntimo de la entraña, y la armonía del conjunto por su sencillez.

En suma: la inmemorial ascendencia mediterránea, con latidos propios, y el imperativo de la época. Allá en la *Huerta* tenemos los valencianos ocho acequias ma-

dres, acueducto, según dije antes de ahora, aunque tendido y blando en su caja de fango, émulo de la columna vertebral segoviana. Cada primavera efectúase su limpieza o *monda*, dejándolo en seco momentáneamente, y espantan aquellas bóvedas invertidas. Porque también el agua, y a pesar de no encharcarse, ensucia y corrompe el lecho. Recobrado el curso, la masa líquida que muere al desaparecer en la lejanía, renace en el nuevo caudal, imagen de la continuidad histórica, garantizada por el cauce. Si desbordara, tanta promesa de fertilidad convertiríase en daño, aniquilados los cultivos por las inundaciones. Quede la independencia de la corriente para su origen, al que concurren dispersos y múltiples manantiales, el deshielo y la lluvia. Y excusad, señores Académicos, si no he sabido ofrecer una alegoría mejor de la Tradición.

* * *

Daban escolta a las condiciones esenciales, otras que llamaremos complementarias: cierta facultad pictórica de que raramente carecemos los levantinos, y el avendamiento de la oratoria en los teatros. Complacía al público el estilo nuevo, por lo que toca a la pintura verbal, nunca llevada a los discursos, y que yo inicié con trazos y manchas impresionistas, acabando en el expresionismo; y agradaba también no tener que interrumpir la costumbre de la platea, desde la que se admiran comedias, conciertos y demás espectáculos amables. Todo mi afán consistió en fijar mi actitud, la de un señor que no pronunciaba conferencias, y que, teniendo facilidad de palabra, no iba a dedicarse a la política. «Sor Brujas», vaya por ejemplo de mis temas de

entonces, era una delicada réplica a Georges Rodenbach, demostrándole que Brujas no estaba muerta, sino que se había metido monja; y continuó, dicho sea de paso, en tal criterio. Método y finalidad artísticos animaban las *Charlas*, que lo mismo podrían ser versos, música o unos dibujos, cuando no las tres cosas a la vez.

Nadie ignora la rápida y completa fortuna de la innovación. Permítaseme recordar que muy encumbradas autoridades literarias aprobaron el gusto de la gente. Don Ramón Pérez de Ayala, escribía: «García Sanchiz ha creado un género oral». Junto al testimonio de España, representará el de América uno de sus mayores prestigios, don Baldomero Sanín Cano, quien declara: «Oyendo las *Charlas Líricas* se cree asistir a la fundación de una nueva estética de la oratoria». En Francia, madame Pomés, redactora de *Figaro*, consagró un extenso y laudatorio artículo al éxito del *singular espectáculo*, reconociéndole una completa diferencia con la *causerie* parisiense, es decir, su personalidad...

Pero ¿a qué andar buscando certificados y avales, con los que, en definitiva, no se pretendería más que conseguir los vuestros, si en vosotros, permitid que lo proclame con orgullo, está el que los mencionados revalida, pues generosamente acudíais a oír al *charlista*, y habéis llevado vuestra bondad hasta el extremo de traerle a esta Casa, cuyo vestíbulo él no se considera digno de atravesar, y menos con derecho a titularse de ella? Me subisteis a la cumbre de la suerte y del favor. «La viña plantada en medio de los olivos—se lee en el viejo libro inolvidable—da racimos untuosos y que saben a aceituna.»

Charlista. El apodo nació en Caracas, de pluma ilustre y lisonjera, como una red de acróbata, para que no me desnucara en la pista de los charlatanes. De no impedirlo el respeto, hubiera yo denominado *hablas* mis monólogos, como Santa Teresa sus locuciones consigo misma, tanto más cuanto que las mías soñaban en aproximarse a las que en *Las Moradas* se describen así: «Son unas *hablas* con el alma, de muchas maneras: unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior de ella, otras de lo exterior, que se oyen con los oídos». No atreviéndome a lo que juzgaba irreverencia, dije *Charlas*, aludiendo a su naturalidad, que no excluye la emoción, señalada en la coda de *Líricas*, de cantoras. Simplificaron los oyentes el rótulo, y quedó el asunto comprometido, puesto que a nadie asustaba entregarse a charlar, a parlotear, y mírese por dónde el equívoco me condujo al fracaso de lo que más importaba: yo, que aspiré a enaltecer el arte oral, desde sus inspiraciones a su medida y su vocabulario, he acabado por contribuir a su confusión, y soy responsable, allende y aquende el Atlántico, de esa facundia que con el nombre de *Charlas* está frecuentemente corrompiendo la elocuencia, haciéndola exhibirse en chancletas. Aquel imponderable don Francisco Tárrega, finísimo espíritu, con su melena, su levita, sus gafas, y con su exquisitez, no pudo impedir que los rapabarbas le trataran de compañero, en virtud de la guitarra, común al gremio de la bacía y al inmortal músico. Dios nos favorece de este modo, evitando que caigamos en vanidades, y, por el contrario, purificándonos con la humildad, en cuyos idilios se presienten el cielo y su bienaventuranza.

Renuncio a introducirlos en el laberinto de la técnica, uno de los misterios más peregrinos de la República de las Letras, por el contraste entre el error, ya clásico, de que la oratoria realiza su proceso tanto a la vista como al oído de la multitud, desde la concepción a la retórica y los ademanes, y la verdad de su preparatorio esfuerzo, que va de la alquimia hasta el amaestramiento deportivo. El celeberrimo raptó, verbigracia, de Castelar, aquello del Sinaí, todavía deslumbrante, se descubrió al cabo en un libro de la juventud del portentoso tribuno, y nada existe en los anales con igual apariencia de instantánea e incoercible genialidad. Las *Charlas*, descendamos del monte sagrado, no contaban con la ayuda de prácticas anteriores, con fórmulas establecidas de antiguo; porque los modelos pertenecen a la majestad o el arrebató, a la fulminación tan espléndida como efímera, y el *Pobrecito Hablador*, durante tres horas, tenía que mantener la benevolencia de un concurso, ni de antemano convencido, si bien favorable y cortés, ni obligado por las gratuitas invitaciones, sino en todo, comenzando por la adquisición de las localidades, comparable al que agrupan los conciertos de los virtuosos. ¿Qué requiere mayor aliento? ¿La carga de caballería? ¿Resistir en la trinchera? Declaremos heroicas entrambas tácticas; y en cuanto a los oradores, el resultado importa, no la preceptiva; que fué Cicerón quien dijo que «es el mejor, el que enseña, deleita y conmueve a los oyentes».

Una vez me explicó un párroco de aldea, italiano, santo varón, ya ancianito, que un día de gran fiesta predicaba de forma que no se le entendiese y poniéndose pesado; ardid para acreditarse de sabio y profundo;

conseguido lo cual, podía evangelizar el resto del año con una simplicidad y una ligereza encantadoras. ¡Cómo sonreiría en su altar el Corazón de Jesús, ante el maligno y picaresco recurso! Ninguno sobra en la lucha por asegurar el interés de una compacta masa humana, propensa a la distracción, la burla o el enojo. Allá andaban graves Doctores Dominicos y sutiles Padres Jesuitas, en la Magdalena de París, cuyo púlpito ocupan por turno, sin resolver el problema de los procedimientos verbales que deberían emplearse en nuestro tiempo; no conmueve ahora el romanticismo de Lacordaire, y, por otro lado, apenas estimula el ánimo una disertación en estilo de cátedra. ¿Por qué no probaron a combinar las distintas escuelas, y como el agua fluvial, que se despeña, remansa o corre, adaptáronse a los diversos estados de alma de los fieles, olvidando a los anacrónicos maestros, los que, según decía San Francisco de Sales, «quieren llorar siempre o siempre reír»? No cabe duda, cada época posee su latido, y pues que evolucionaron estrofa y prosa, exige asimismo su reforma la palabra hablada.

Omito, en fin, señores, el relato de mis andanzas en el ejercicio de esta profesión de charlar, de edad de cuatro lustros y paseada por la redondez de la tierra. Me he dirigido a Reyes, y a Príncipes de la Milicia y de la Iglesia; a héroes y a mártires; a la sociedad aristocrática y a las poblaciones penales; a sabios y artistas, y a las gentes rústicas; a damas y obreras; a los estudiantes; a compatriotas y extranjeros; al millonario, a los enfermos de los hospitales de caridad; a los niños; inclusive a los indios y los negros de las factorías, sin contar los moros del zoco de mi consagración. Y en los

templos, como en los salones, las aulas, la escena, y el bosque, y los campamentos, cuando no junto al micrófono; frente a inmensas muchedumbres, o en el seno de las selectas minorías y de los cenáculos, recabé el auxilio del padre de la estirpe mediterránea, Ulises, el vagabundo, el ingenioso, que me enseñó a más que a escapar de las sirenas: a llevarlas a bordo; pues canto suyo era el de los sentimientos en que yo me inspiraba, puramente españoles: la verdad, la belleza y el honor.

* * *

«Advertid con toda el alma que Santiago sabe sentir y entristecerse.» Este aviso de Quevedo en su famoso *Memorial*, perdido entre aforismos y agudezas, despertó un día gran resonancia en mi voluntad, hasta mudar su curso.

En su primera fase, las *Charlas Líricas*, ciertamente dignas de su título, fueron entusiasmos y alegrías de la adolescencia, a la que acaso yo retorné, seducido por la real y positiva de mi labor. Embriagado andaba por el mundo, descubriéndole su propia hermosura. *El hombre feo de las historias lindas*, así me llamaban en América. Y a ese hombre le sucedieron cosas que parecían soñadas. Cuando principiaba a darme a conocer en Buenos Aires, sin ayuda oficial, ajeno, como siempre, aquí y allá, a los círculos en que se administra el movimiento literario, no favorecido tampoco por aquellos gigantescos periódicos, que apenas si me dedicaban unas líneas; solo y empequeñecido, en fin, en la enorme ciudad de tres millones de habitantes, al terminar mis pláticas en el teatro donde iba desarrollándolas, con un

éxito que emparedaba el silencio mantenido a su alrededor, presentóse una comisión estudiantil, invitándome a ocupar una tarde la cátedra de la Facultad de Derecho. Casi no se publicó la noticia, mas he aquí que al llegar pocos días después al universitario edificio, no se podía atravesar la calle y estaba interceptado el tráfico. Adentro, la misma o mayor concurrencia, desde el vestíbulo, en que se habían instalado altavoces. El Embajador, don Alfonso Danvila, tuvo que permanecer en uno de los patios, y el Rector, Doctor Gallo, y el Ministro don Matías Sánchez Sorondo, entraron a empellones, como yo mismo, que avanzaba sin tocar suelo. A la salida, en la monumental escalera de honor, hablé nuevamente a la multitud, inmensa, calculada como de ocho a diez mil personas. ¿Y qué tema, dada mi ignorancia del saber de los abogados? La divisa *Una serenata en Salamanca*, motivó el más ardoroso panegírico de la, por antonomasia, española Universidad. Acójanse, señores Académicos, con indulgencia tales memorias, y excusadme, por lo que importaba la rondalla en la urbe que se disputan, desde hace un siglo, todos los emisarios de las naciones europeas, debido a lo cual, entre paréntesis, alcanzó ella una capacidad de juicio incomparable, única. Con un laúd de la *Tuna* se obtuvo el triunfo para España. Mérito no le hay en el espontáneo instrumentista: lo difícil, lo entonces imposible en mí, era contener el corazón. De lleno me correspondía la frase: «En seguida llevamos la mano adonde sentimos dolor, y la palabra a lo que enamora».

Desembocó el profesionalismo de entregarse sin medida a una actividad en el de apurar sus rendimientos, y pensando en los peligros de dicha etapa, impulsos me

vienen de ofrecer el exvoto de los marinos que no perecieron en un naufragio. Cosa terrible es el éxito con sus sensualidades: el aplauso, la riqueza. Si el diablo no arrastra a quienes facilita los placeres del mundo, descúdalos la Providencia; y ellos, lisonjeados o aborrecidos, lo que influye más aún que lo otro en fomentar la altivez, se hallan, cuando menos, a pique de incurrir en simonía, trocando en industria los dones del Espíritu Santo. ¡Cuán fácilmente olvidamos que la levadura hincha o levanta el pan, pero no lo hace sustancioso! Ya que no arrepentido, pues, en suma, no cedí a tantas y tantas seducciones de la feria y del aquelarre, contemplo casi como extraña la época que separa el inicial período trovadoresco y esta humilde serenidad de hoy. Tiempos vertiginosos de los reportajes universales: Hollywood, el «Zeppelin», el Crucero Polar, el Extremo Oriente. Millas, dólares, cosmopolitismo, y cada vez más agravada la soledad interior, sin sus *hablas*, caso repetido, por lo demás, en los artistas, quienes se acreditan por descubrir matices en el gusto del agua y la transparencia del aire, y por adivinar lo increado, y acaban complaciéndose en una vida artificial.

Inventé *El Clamor*, la gaceta hablada; por cierto que en una de sus ediciones aparecía la recepción académica del señor González de Amezúa, mi ilustre padrino, coincidencia que ha venido a establecer un ritmo en la cordialidad que nos une y que es harto halagüeña para el actual recipiendario.

En el capítulo de los viajes, al de Palestina sucedió el de la Roma de los Césares y la de los Papas, y a éste, el de Rusia. Iban los transcendentales itinerarios influyendo en el nómada, que no en balde se llega al Mar

de Tiberíades y el Huerto de Getsemaní, a los pies del Sumo Pontífice, ante la mirada de Mussolini o el simulacro de Lenin, bajo el graznar de los cuervos. Relatando estaba el episodio soviético en un teatro asturiano, y sin que nada lo anunciase, de pronto, me apedrearon unos comunistas. Con un *carbón encendido tomado de sobre el altar* un serafín purificó los labios del Profeta Isaías. La pedrea enardeció en mí la vocación patriótica, experimentada en su noviciado con ejercicios no muy inferiores a los de los misioneros allá entre sus salvajes. Y en verdad, lo mismo era, en 1933, 1934 y 1935, decir España que... *In partibus infidelium*.

* * *

«Advertid con toda el alma, que Santiago sabe sentir y entristecerse.» De cuero repujado o de hierro de forja llegaron a parecer a las desangradas generaciones el vigor y la exactitud de Quevedo, también poderoso en las amplias curvas de su barroquismo. ¡Qué finas cadencias, sin embargo, ecos hasta de lo inefable, se encuentran a lo mejor en las altivas páginas! Como el sillón de guadamecí guarda la caricia de la dama que en su respaldo fué a reclinarse, o la verja eclesiástica huele a incienso. Por la gracia de la más rara sensibilidad comprendió don Francisco que el Apóstol, inclusive en su misma escultura medieval del retablo compostelano, aquella de pintada piedra, y con una esclavina de plata, imponente y pueril efigie, hallábase apenado porque su pueblo cayó en la ingratitude. Pues, ¿qué no sería en los años que acabó de indicar, cuando los españoles nos transformamos de jacobeos en jacobinos? Díme enton-

ces yo a la misión de servirle, no sin el correspondiente *Paso de Suero de Quiñones*, aunque sustituida la Caballería del Orbigo por bandas de mineros, que de muy distinta manera se oponían igualmente que Suero y los suyos a la marcha piadosa por la legendaria ruta. Y tras del Santiaguismo, canté el Pilar, que es su raíz. Y señalada ya la pauta infalible, ella gobernó en adelante mis actividades, confundiéndose las del cuerpo con las del espíritu; que el describir la cuenca del Duero, seguía al recorrerla, y prologaba el himno teresiano, la visita a las Fundaciones de la Madre, como la de San Juan de la Peña a la adoración del Santo Grial, en la iglesia mayor de mi país, que pronto se convertirá en basílica suya, y del templo, me encaminé a las multitudes, para revelarles el privilegio por el cual poseemos nosotros el Cáliz de la institución de la Eucaristía. No me detuve en el contorno patrio. América, Filipinas, conocieron en mí a ese indiano que les robaba sentimentales tesoros con que regresar a la metrópoli de la Hispanidad, y vencerla de su triunfo. Por último, Ifni, Cabo Juby y el Sahara: nuestros aviadores y los camelleros berberiscos, internaron al curioso huésped en el Desierto, y de allí os traje el testimonio de la nueva expansión histórica. En aquel tiempo, habíase de hablar con policías entre bastidores, y, a veces, tenía el orador que terminar su discurso fuera del territorio nacional, salvando su vida en una fuga vertiginosa y difícil. No importa. Invocábamos el abolengo, nos recreábamos en las consagradas perspectivas, acechábamos horizontes de bello espejismo, y del conjunto surgían, como las llamas en el hogar, este orgullo firme, este anhelo insaciable y

esta responsabilidad honrosísima, del grito : «¡ Siempre España !»

La guerra. Homenaje a los héroes, de rodillas ante los mártires. Maniobraba yo como un General de vocablos, movilizandó la ilusoria columna según lo exigiese el momento. Solicitada por Oviedo, Teruel y Huesca, se halló en los tres asedios, y le cabe la honra de haber sido la única que actuó dentro de esas inmortales ciudades, y aun cuenta con el galardón de que a su jefe se le nombrase *Hermano honorario de la Cofradía de la Virgen del Alcázar*.

Pero a mi lado iba creciendo un muchacho, mi hijo, cada vez más imbuído de las paternas misiones, desde que comenzaron en Compostela y el Pilar, adonde él y yo nos dirigimos en peregrinación.

Y en su esbeltez y su pureza, *el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria...*

Cuando se perdió el *Baleares*, en que figuraba de timonel, una de las cartas de pésame que recibí, decía : «Luis Felipe era una Charla de su propia sangre».

A esto, señores Académicos, llegaron, y así han acabado, las empresas del *Pobrecito Hablador*.

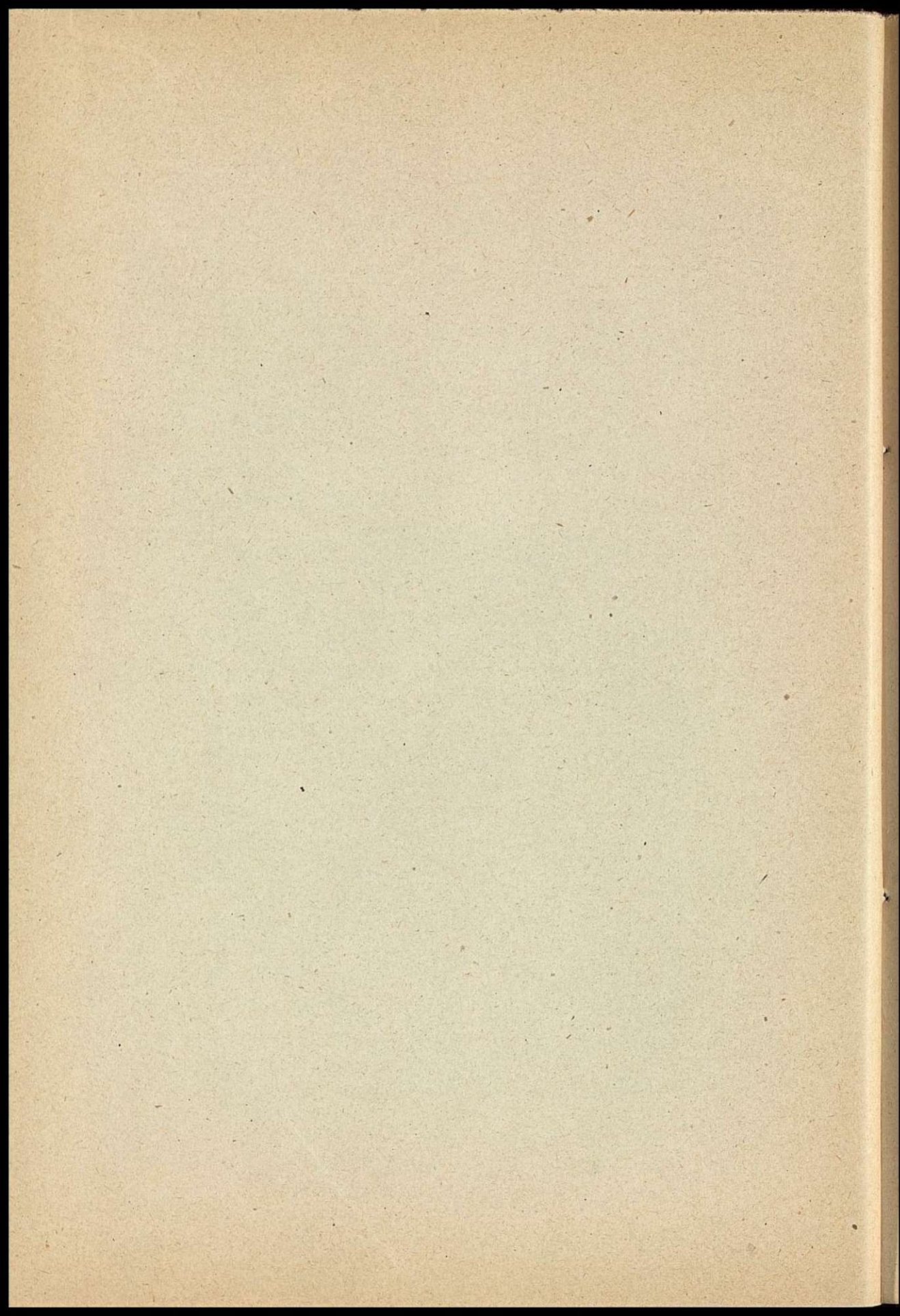
HE DICHO

Echauri (Navarra), agosto de 1940.

DISCURSO

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON AGUSTÍN G. DE AMEZÚA Y MAYO



SEÑORES ACADÉMICOS :

Hace ya bastantes años—era a principios de 1920—festejábase cierta noche en un círculo de recreo de Madrid, por los muchos amigos que en él tenía nuestro fallecido colega don Emilio Gutiérrez Gamero, su flamante elección académica. A los postres del banquete, cumpliendo el inveterado rito, pronunciáronse los discursos de rigor, y en ellos hubieron de ponerse en su debido punto el ingenio y la inventiva y soltura de péñola del novelista, a quien el solo título de uno de sus libros habíale dado más fama que toda su anterior y copiosa producción literaria. Aplausos, plácemes y abrazos coronaron la fiesta, y ésta parecía ya acabada, cuando, de improviso, junto a la presidencia de aquel ágape, surgió la figura de un hombre joven, no muy alto, pero fornido, de cabeza enérgica y valientemente asentada sobre los hombros, con rasgos pronunciadamente levantinos, moreno el color, negros y vivos los ojos, un tanto morenos, y presidido todo ello por negra y abundante cabellera, que en su rebeldía capilar bajaba hacia la frente con desenfado notorio, como si intentase robarle buena

parte de su anchura y desembarazo. Detuvimos la marcha cuantos la habíamos iniciado ya, un tanto suspensos del arranque oratorio del mozo en cuestión—era García Sanchiz—, a quien todos tratábamos y conocíamos, sí, como escritor excelente, pero cuyas dotés oratorias ninguno de nosotros sospechaba, y nos dispusimos a escucharle, a la verdad, con cierto escepticismo y desconfianza. Comenzó su peroración en voz baja, muy baja, casi imperceptible, que poco a poco fué adquiriendo tonalidades suaves, insinuantes, como de música arrulladora que sujetase y cautivara el ánimo de cuantos le escuchábamos absortos. No acertaría yo a repetir las cosas que entonces dijo; pero en mi memoria quedó muy grabado el recuerdo de aquella noche y la impresión extraña, de novedad, de rareza, que esta primera charla de García Sanchiz me produjo. Era, ciertamente, algo insólito, cual la repentina aparición de un género totalmente nuevo, nunca oído, que no se parecía a nada ni a nadie, a modo de un néctar delicioso que nuestros labios gustaran por vez primera, y que obligándonos a levantar la copa, donde dormía el misterio de su perfume, para mirarlo al trasluz, nos hiciese exclamar: «¿Qué es esto? ¿Qué embrujo o encanto le han hecho a este vino?» A mi lado tenía yo aquella noche a nuestro inolvidable compañero Sandoval, tan emblesado como yo, y recuerdo ahora que, volviéndome hacia él, hube de preguntarle: «¿No le parece a usted maravilloso el descubrimiento? ¿Por qué a este mozo no se le conoce y celebra más?»

Conocido y celebrado era, no obstante, García Sanchiz, por aquellas calendas, de todo el mundo literario de la Corte, desde que, venido a ella desde Valencia,

su ciudad natal, con más ensueños que ambiciones, comenzó su carrera periodística de un modo también poco frecuente: escalando de un salto la hoja literaria más afamada entonces, *Los Lunes de «El Imparcial»*, donde sólo escribían las plumas consagradas por el éxito, y a la cual se encaramó la suya, rápidamente, por medio de una colaboración espontánea y afortunada. Con ella se le abren las páginas de *Blanco y Negro*, de *Lecturas*, de *La Noche* y otras revistas y diarios madrileños, que acogen complacidos la prosa ágil, brillante, rica en imágenes, con dejos de preciosismo cosmopolita, y en la que ya se vislumbraban destellos fugaces de sus futuras charlas. Tiempos benditos de juventud, donde la fantasía manda y los caprichos nos gobiernan; uno de ellos llevará a García Sanchiz a París, para pagar el tributo de todo artista novel a la fascinadora ciudad; y allí vivió algún tiempo, sirviendo la plaza de redactor jefe de una revista literaria dedicada a los países americanos de habla española.

Corrieron los años, y en ellos la fértil pluma de nuestro nuevo académico fué llenando libros y libros, frutos de su temperamento mudable y abarcador, que gustaba de todo: crónicas, novelas y escenas fantásticas. Su juventud inquieta no hallaba reposo en un género solo, y las pupilas inquisidoras y penetrantes del escritor, haciendo de simbólico espejo, asomábanse curiosas por doquier que sentían la atracción de lo bello, y esta inquietud estética nos da la clave de la variedad de temas, tan distintos y bizarros, por García Sanchiz tratados, en su primera etapa literaria; así, en *Por tierra fragosa*, su primera producción extensa, la Naturaleza le llama para pintar paisajes y pastorales, limpia, inge-

nuamente, sin propósito trascendental alguno; síguenla *Las siestas del cañaveral*, que en su auto-crítica califica él de «italianizante y renacentista y cuyo ambiente se desvanece en tonalidades ambarinas»; *La Sulamita* y *Barrio Latino*, dos novelas con escenarios opuestos, Levante y París, y en las que la inexperiencia técnica otvídase ante la emoción verdadera que en ambas palpita; *Color, Champagne, La ciudad milagrosa* y *Barcos* y *Puertos*, primeras salidas del trotamundos y viajero infatigable, que se entrega ya a la seducción y el encanto de las ciudades que visita; las primeras visiones pictóricas, embrión de las futuras charlas, y que en García Sanchiz son como los altos de ese camino tortuoso y desatinado que todos recorreremos en la vida, hasta encontrarnos a nosotros mismos. ¿Qué peligros y azares encierra? ¡Cuántos buscándose a sí mismos dieron míseramente en el barranco del fracaso! Lucha sorda e inconsciente de nuestro temperamento con la vida, del propio genio nativo en los elegidos, a quienes guían y protegen misteriosas intuiciones, invisibles defensas, que, levantándolos de sus caídas y a vueltas de aciertos y errores, que de todo tiene la carrera literaria juvenil, llévalos providencialmente hasta la región ignota y maravillosa donde les aguarda serena la Musa de sus destinos, sumisa para unos, zahareña y altiva para los más; pero la que hará el divino milagro de arrancar de nuestros ojos los velos sutiles que nos impedían ver la verdad de nuestro temperamento; la que regalará desde entonces a nuestras potencias con esa corriente magnética, codiciadísima, que se llama inspiración. ¡Extraña y misteriosa comunión de nuestra alma con la Belleza! ¡Cuán curioso y atractivo ha sido siempre analizar este proce-

so en los grandes conquistadores literarios! Lo que a nosotros, al contemplarlos nimbados por el triunfo, nos parece camino placentero y fácil, ¡ cuántas veces lo ensombrecieron la duda del éxito, las artes de la envidia y aun la misma lejanía de la ansiada meta!

Por fortuna, en la carrera literaria de García Sanchiz, sus últimos libros revelaban ya que la senda emprendida era la acertada, y claramente lo daba a entender aquella pintura recia, realista, de Shanghai en *La Ciudad milagrosa*, que es como una prefiguración de sus ya próximas charlas; como en *El viaje a España* veremos bullir también los tres valores substanciales de aquéllas: visión certera, precisa, de las cosas; su embelecimiento por el arte, y un sentido patriótico, racial, que comunica a sus descripciones la pátina, ese color desvaído e indefinible de cuanto resistió al desgaste del tiempo y ha logrado vencerlo. Es ya el pórtico de las charlas: de las charlas que van a nacer de un momento a otro en nuestra historia literaria. ¿Cómo se hizo el milagro? ¿Cuándo se rompió el misterioso velo y sintióse García Sanchiz poseído, abrasado de esa luz interior cálida y divina, que nos deja ver ya en todo su esplendor la verdad estética, hasta entonces columbrada tan sólo? Si se lo preguntásemos a él, nos contaría que el triunfo no fué tan fácil: que la vez primera que en un teatro de esta Corte, hacia 1923, asomaron tímidamente las charlas, entreveradas con una fiesta de danzas y canciones, corrieron hartó peligro de naufragar para siempre, ante las ruidosas protestas de la mayoría de los concurrentes, a quienes aquel estilo nuevo e insólito perturbaba su perezosa rutina intelectual.

Nadie es profeta en su patria; y la sentencia evangé-

lica comprobóse en García Sanchiz una vez más. América, generosa y acogedora, será la cuna del nuevo género que nace en 1925 con el nombre de *Charlas Líricas*, adjetivo, a la verdad, no del todo propio, pero con el que, tras los primeros balbuceos, crece, se afirma y hácese gigante. Triunfo unánime y francamente alentador en la Argentina, en Uruguay, en Chile, en Colombia, en Venezuela y Puerto Rico. Cuando regrese a España y pronuncie en Madrid la primera charla española, ante la expectante curiosidad de sus antiguos camaradas literarios, conocedores de sus ruidosos triunfos americanos, el nuevo género hallará su consagración fulgurante y definitiva. Las charlas viven ya; han ganado su carta de naturaleza, con un vigor y pujanza tales, que los teatros españoles, donde son acogidas con entusiasmo por sus partidarios, son pocos y estrechos para contenerlos. El mundo hispano, aquende y allende los mares, cobra para García Sanchiz un doble valor: por un lado es modelo y estudio, a su modo, donde él va tomando los ejemplares y sujetos de sus charlas; los ojos del artista no se hartan de mirar, cumpliendo con aquella sutil distinción que Doña María de Zayas hace entre *mirar* y *ver*, porque para ellos—como luego diré—nada hay hermoso en la vida que sus pupilas no capten; y al mundo devolverá también García Sanchiz en sus charlas mágicas, transformados por el Arte, sus figuras, paisajes e impresiones. La sangre levantina se agita inquieta en él, y como un geógrafo de la belleza muda recorrerá todas las cinco partes del mundo: Europa entera, América, desde la pampa patagónica hasta el Canadá; China, Japón, la India, Filipinas, las costas del Pacífico, el Spitzberg y la región de los hielos eternos, junto al Polo;

nada, nada se escapa a su voraz curiosidad de viajero ; pero de viajero poeta, pintor, artista ; atraviesa el Atlántico catorce veces, y cuando el Zeppelin hace su primer recorrido, y sus puestos codiciadísimos se reservan para los potentados de la tierra, uno de ellos será, no obstante, para García Sanchiz, dándole con ello el tema para otra de sus charlas más afamadas. Y emulando las proezas de aquellos aventureros nuestros que en el siglo XVI peregrinaban en busca de la región legendaria de El Dorado, él será el primer europeo no castrense que pise las calles de Smara, la ciudad virgen del desierto africano.

Maravillosa resistencia física la suya, y por ella también se empareja con nuestros descubridores ; pero si éstos tuvieron que abrirse paso tantas veces al través de la selva a puros golpes de espada, García Sanchiz lleva consigo un arma acaso más poderosa aún : nuestra lengua castellana, con la que conquistará para España tantas y tan resonantes victorias. Porque jamás fué nuestro novel académico de aquellos malos compatriotas, que, pagados a veces con dineros del erario público, prevalíanse artera y cobardemente de la distancia, de la impunidad, para difamar nuestras más puras glorias, sirviéndose de la calumnia o del desdén ; muy lejos de eso. en la obra misional y viajera de García Sanchiz brilla siempre, mística y ejemplar, la nota del amor a España, a la España tradicional y heroica ; es la noble y arrogante defensa que ante públicos, muchas veces hostiles, hace de nuestras cosas ; es la exaltación de los valores espirituales de la raza hispana, para la cual, desempolvando las olvidadas crónicas, realza las viejas y asombrosas hazañas de nuestros abuelos, cuando una sola fe les unía y no du-

daban de los destinos de la Patria. Y ¡qué triunfos los suyos! ¡Cómo sujeta con su cálido verbo la tornadiza devoción de las muchedumbres cultas! Hay en América ciudades populosísimas, como Buenos Aires y Montevideo, que tienen por costumbre, desde hace no pocos lustros, invitar a los oradores y conferenciantes más famosos del mundo; pero con todo eso, raro ha sido entre ellos el que logró ocupar la tribuna bonaerense dos años seguidos. Pues bien, García Sanchiz ha hecho el prodigio de llenar los teatros del Plata cinco temporadas casi consecutivas, alcanzando solamente en la primera de aquellas ciudades porteñas la cifra, por nadie superada, de ciento treinta y seis charlas; y con tanta avidez le esperaban en las últimas que dió sobre nuestra reciente y gloriosa cruzada nacional, que, anunciada un domingo por la prensa de Buenos Aires una serie de diez charlas, en la mañana del siguiente lunes cubrióse totalmente el abono, caso jamás visto, ni aun sospechado, en los anales escénicos de aquella gran capital.

Yo no os relataría estos hechos, con otros muchos análogos que callo ahora—hombres extraordinarios, distinciones subidísimas, columnas enteras en los más famosos diarios americanos a él consagradas, remuneraciones increíbles—que parecen disonar de la gravedad tradicional de estas recepciones académicas, si no supiera que una buena parte de estos triunfos de García Sanchiz miran y alcanzan a España, porque español de corazón es García Sanchiz, y española la rica lengua que en sus labios cobra colores de paleta opulentísima, y españoles, en fin, un gran número de sus temas, por los cuales ejerce funciones de Embajador del idioma patrio y del alma misma de España.

A su paso surgen pintorescos episodios y deliciosas anécdotas, hijas de su popularidad y nombradía, ¡ tantas y tantas !, desde la muchacha bellísima y desconocida que al final de una de sus charlas, en un arranque de entusiasmo, corre llorando hacia él, henchida de emoción, para besarle, y desaparece como un sueño, hasta aquel histórico sucedido de la Bolsa de Montevideo, en que, yendo de simple curioso y advertida su presencia, es llevado en andas a la *cazuela*—ruedo hondo con verja, sagrado e inaccesible a los profanos—, donde le nombran Agente de honor y se lanzan unas acciones a nombre de España, que son cubiertas en el acto y a lo príncipe.

Nuestra guerra de liberación—santa y bendita cruzada nacional—pondría aún más de manifiesto la calidad limpia y nobilísima del arte de García Sanchiz. Yo fuí testigo, gracias al azar que nos hizo convivir en una de las ciudades inmediatas al frente durante los meses más críticos de la contienda, de lo que García Sanchiz fué en aquellos trágicos días, y de su conducta ejemplar. Con ello no hacía más que proseguir la campaña valentísima que, ya en los días ominosos del régimen anterior, puso en peligro más de una vez su propia vida. Porque si la juventud heroica ofrendaba su sangre generosa en el altar de la Patria, y otros, sus afanes, talentos y sacrificios, y todos, su fe y entusiasmo a raudales, García Sanchiz puso también otra vez, como el primero, al servicio de España fe, entusiasmo, talento, sangre de los suyos, y su mágica palabra además. Su actividad no tuvo punto de reposo; en teatros, en los pórticos de nuestras iglesias, y a veces hasta dentro de ellas, en las plazas públicas, a bordo de nuestros buques de gue-

rra, en los hospitales, en los campamentos, por doquiera que se congregaban las muchedumbres en torno suyo, levantó su voz enardecida por el santo amor a la Patria, en defensa y aliento de nuestra Causa nacional, con denuedo y porfía inigualados. Las charlas dejaron entonces de ser líricas, para trocarse en arma de combate, en instrumento bélico y pungente. Allí donde vislumbra el peligro, donde advierte que su verbo puede encarecer una hazaña, o confortar los ánimos abatidos, o avivar el esfuerzo común, allí vibrará la palabra vigorosa del charlista. Tres ciudades mártires del frente, Oviedo, Huesca y Teruel, le acogen bajo sus muros en pleno asedio; a un mismo tiempo resonarán su voz y las granadas enemigas: cierta tardè, en Oviedo, mientras pronunciaba su charla, la artillería roja derribó la casa inmediata al recinto donde se daba aquélla; y cuando el cerco de Santa María de la Cabeza le impide llegar hasta sus heroicos defensores, desde la torre inmediata de Porcuna, les da su charla patriótica, a su modo, enmudeciendo su voz y hablando el heliógrafo, para ser acaso el último español que conversó con ellos. ¡Nobilísima y admirable cruzada la suya, y generosa sin par, porque dejaba siempre en beneficio de heridos, soldados y hambrientos todo, todo cuanto sus charlas le producían!

¿Qué importaba que los más allegados suyos, padre octogenario, esposa e hijo único, hermanos, anduviesen errantes y perseguidos en la zona roja, corriendo riesgos de una muerte que hubiera sido cierta y fatal, a ser conocidos? García Sanchiz no cejó en su campaña, que tanta ira y furor provocaba en el campo rojo, obediente a la voz del deber, que le mandaba seguir en ella, por dolo-

roso y sobrehumano que fuese; y cuando la providencia de Dios, por la intercesión de la más guerrera de nuestras Vírgenes, salva, casi milagrosamente, a aquellos pedazos de su alma, García Sanchiz no titubea un instante, y deja franco el paso para que su hijo único, doncel de diecisiete años, corra a alistarse voluntariamente en nuestra marina de guerra, sentando plaza de grumete en el «Balears». ¡Con qué íntimo orgullo me leía su padre, pocas, muy pocas semanas antes de la catástrofe, la carta del marinerito, ufano a su vez de que su puesto de servicio le llevaba a estar encaramado buena parte del día en la punta del palo más alto del navío! ¡No sospechaba el heroico mozo que Dios, en sus providenciales designios, le había colocado allí, tan alto, para que, cuando Él le llamase, pudiera salvar más fácilmente la distancia que le separaba del cielo...! Desgarraduras del corazón, dolores sin alivio del alma destrozada, esas trágicas horas de desolación infinita, en que ni siquiera nos quedan fuerzas para llorar, cuando la carne de nuestros hijos se arranca violentamente de la nuestra—solamente aquellos que hemos pasado por este trance amargo podemos hablar de ello—torturaron también el espíritu de García Sanchiz, al hallar su Luis Felipe muerte gloriosa en los horrores de aquella noche lóbrega; pero si hasta entonces sus charlas habían sido el único instrumento de su campaña, el dolor levantará de su inacción de tantos años a la dormida pluma, y una serie de libros *Más vale volando*, *Sacrificio y triunfo del halcón*, *Del robledal al olivar*, *El humo del País*, *Te Deum laudamus*, con otros más, entre los que resalta su bellísima cartilla patriótica para la mocedad, *El amor a España*, relatando sus epi-

sodios de guerra, con los recuerdos de sus correrías y andanzas bélicas, presididos por la evocación del requeté heroico a cuya memoria imperecedera se dedican, tales libros, iba a decir, hacen de tornavoz de las charlas, para que, en alas de la imprenta, al volar por cuantas naciones hablan nuestra lengua, muestren a las gentes la pericia de nuestros generales, el arrojo de nuestros soldados, la fortaleza de niños, ancianos y mujeres, que resisten impávidos la metralla y el hambre, porque así sirven a España. Obra magnífica, ciertamente, la que García Sanchiz lleva a cabo en estos años críticos, que habrá de culminar cuando, trasladándose de nuevo a América, no concluída la guerra aún, reanudadas sus charlas, sean testimonio de la santidad de nuestra causa nacional, aventando calumnias infames y torpes leyendas tejidas en torno suyo, y reconquistando otra vez para el amor a España tantas inteligencias descarriadas, tantos corazones engañados.

Para empresa tan ardua no dispone de otras armas que sus charlas aladas; mas con ellas, no obstante, logrará su empeño. ¿Cómo? ¿Qué fuerza misteriosa es la que encierran? ¿Dónde está—repito—el secreto de su poder maravilloso de encantamiento? ¿Acaso en su novedad literaria? Novedad indudable y reconocida; las charlas constituyen un género original y propio que no registran nuestras Retóricas y Preceptivas, que ha nacido con García Sanchiz. Es gloria inmarcesible suya. Nadie podrá negársela. ¿Acaso la seducción que nos producen proviene de hábiles y rebuscados efectos estilísticos, de su atuendo externo? Nada más lejos de la verdad: las charlas desarróllanse en un cuadro sencillo y natural por extremo. ¿No lo recordáis todos? Una sala de espectáculos, grande o chica, pues sus dimensio-

nes y cabida para nada influyen en ello, ni que sean muchos o pocos los oyentes; un escenario sobrio y severamente decorado, (las más veces altas cortinas de oscuro damasco, que cubren el foro y laterales, apagando molestas resonancias); la luz de la batería mediada, cuando no la sustituyen otras altas indirectas: las bastantes para que venzan la penumbra y no lleguen al resplandor; el telón, alzado ya, y la escena desierta, sin adorno ni arrequite alguno. De pronto, por uno de los costados, asoma silenciosa una mano varonil; separa discretamente una de las cortinas, y por el hueco que deja se desliza, como si se filtrase, un hombre, el mismo que ahora tenéis aquí delante de vosotros. No es menester pintarle: ni siquiera lleva frac; yo siempre le he visto con el indumento más corriente; traje de calle oscuro, chaqueta cruzada y una chalina negra de artista, que se traje consigo del Barrio Latino. Al murmullo en la sala que ha acogido su presencia, sigue un silencio profundo, un recogimiento de toda ella, que clava millares de ojos en él. Es la clásica escena de *La comida de las fieras*, ávidas, sí, de escucharle, pero que también caerían voraces, implacables sobre él, si algún día no lograra suggestionarlas con su magia. El *charlista*—admitamos el neologismo—no se inmuta; mira tranquilo al concurso; da unos pocos pasos recorriendo las tablas; se frota ambas manos unos instantes, con cierta perplejidad, como si se preguntara: «¿Por dónde empezaré?», levanta sus ojos hacia una vaga lejanía, y como un juglar de antaño que fuese a contarnos historias maravillosas de endriagos y princesas, rompe a hablar diciendo: «Pues, señor...» Las primeras palabras pronúncialas con voz queda, tan queda, que sin el silencio religioso de la sala

no llegarían a nosotros; poco a poco, el tono irá elevándose, pero sin que, salvo rara vez, emplee los clásicos arranques del orador.

Durante la charla la voz de García Sanchiz adquirirá las inflexiones más variadas: su diversidad fonética es muy rica; domina todos los registros; pero, de ordinario, con tonalidades aterciopeladas, musicales, dulcemente suaves, algo como la brisa levantina que refresca y no azota. Los exordios—si tal nombre cabe dar a la presentación de la charla y enunciación de su tema—son cosa muy personal suya: gusta de justificar su preferencia por el asunto elegido; otras veces, arranca desde muy lejos, da un largo rodeo, para acabar desembocando, cuando menos lo esperábamos, en el motivo central. Nada rezan con él las normas clásicas que los preceptistas asignan a los discursos: la charla no sigue ni se sujeta a ninguna de ellas. Sin sospecharlo ni pretenderlo, os sentís como embarcados en un navío que levantara misteriosamente anclas y os llevase lejos, muy lejos; el puerto de partida ya no se ve ni en lontananza; y, en cambio, comienzan a desfilar por delante de vuestros ojos los paisajes y cuadros más dispares y atractivos: en unos, el encanto místico de *Sor Brujas*, la ciudad de los canales dormidos, os invade y enhechiza; en otros, veís parejas enlazadas, que, danzando desde el minué al charleston, nos hacen la historia del baile; más allá se aparece el Sahara con su lejanía infinita; la Rusia bolchevique, donde las gentes no ríen nunca; la India milenaria y estática; las gestas de nuestra cruzada; la nostalgia del mar que olvidamos en nuestra decadencia; y así, docenas y docenas de asuntos más, nuevos y peregrinos unos, conocidos y trillados

otros, pero que en la charla cobran vitalidad y lozanía. No esperéis en ellas orden buscado ni distribución sistemática; cada una nace y se desarrolla libremente, pero obedeciendo todas a una ley artística, que es una de las más típicas en las charlas: la sencillez de la composición, la sobriedad del dibujo, muchas veces, como incierto y apenas destacado; pero revestido, en cambio, de la más rica y opulenta coloración, opulencia de selva tropical, donde brotan todas las flores imaginables y cuelgan los más variados frutos. Admira la copiosidad de su léxico, que él cuida de refrescar con su lectura asidua de nuestros clásicos, así como su gran propiedad de adjetivación; y ¿qué podré decir de aquellos símiles y contrastes, rápidos, relampagueantes, con que esmalta felicísimamente sus charlas, que son como hacecillos de luces multicoloras que fueran alumbrándonos a lo largo de nuestra jornada, para hacerla más amena y deleitosa?

La dicción es fácil y asombrosamente segura; pero también sin el menor atavío oratorio ni sombra de reflexiva mnemotecnia. Es como una linfa mansa, espontánea, clara, que brota y discurre sin aparente esfuerzo. A veces, como si esta corriente encontrase un obstáculo y fuera a detenerse, las manos de García Sanchiz, discretas y tranquilas hasta entonces, álzanse con presteza, y sus dedos expresivos retuércense ágilmente, cual si moldearan una masa rebelde y zahareña a la voluntad del charlista, para volver otra vez a su comedimiento, tan pronto como ayudaron a evocar un paisaje o recomponer una figura. En toda manifestación oratoria hay siempre una invisible comunión, un contacto latente entre el orador y su auditorio; éste parece que colabora con

aquél en sus aplausos, con sus bravos y murmullos ; pero las charlas, por el contrario, no admiten influencia ni acción ajena alguna : el charlista, al pronunciarlas, se desentiende en absoluto de su público, como un inmenso cuadro que colgase mudo de la escena, ausente o escondido, su autor.

En cambio, pocos espectáculos conozco que encierran el poder de absorción, de captación, que sus charlas : una hora, a veces dos, dura cada una de las dos partes en que de ordinario se demedian, sin que advirtáis en los oyentes la más leve muestra de cansancio ; fascinados, oirían a García Sanchiz noches enteras, triunfo, a la verdad, extraordinario de este arte nuevo y peregrino. Porque las charlas no se parecen en nada a ninguna de las demás formas de la oratoria. No tienen el menor propósito didáctico ni aspiran a convencer de cosa concreta. La tribuna parlamentaria, el tablado del mitin, el estrado forense, la cátedra universitaria, el púlpito sagrado, son formas de elocuencia distintas entre sí ; pero en todas el orador aspira a enseñar, a persuadir, movido de un afán de puro o interesado proselitismo, deseoso de apoderarse de nuestro entendimiento, de nuestra voluntad, de nuestra alma misma. El charlista, opuestamente, se contenta con tenernos sujetos, encantados, dos, tres horas a lo sumo. ¿Cómo? ¿Para qué? Ni él mismo sabría decirlo. Así se explica la respuesta de una dama a otra que, tras una charla de García Sanchiz, le pedía que le hiciese una síntesis, un relato de ella : «¿Conoce usted de memoria la música de Ravel?», contestó la interpelada, «¿Verdad que no? Pues lo mismo me ha pasado con la charla ; nada recuerdo de ella ; pero, en cambio, puedo ase-

gurarle que para mí será siempre inolvidable.» El género literario que más se le asemeja es la conferencia, ya que, sin duda, coinciden en muchos puntos; mas, ¡cuán distintas son sus almas! ¡Cuántos conferenciantes han fracasado al pretender salvar el abismo que les separa!

¿Dónde está, pues—preguntaréis—, el misterio, el secreto estético de las charlas? No intentemos buscarlo en los preceptistas retóricos, repito, aun en los más famosos: Mayans, Capmany, Hermosilla, Milá... Tan sólo en el doctísimo Capmany, en su *Filosofía de la elocuencia*, hallaremos una frase que arroja copiosa luz en esta oscuridad y nos muestra la salida: «... nunca el orador es más eficaz ni elocuente—afirmaba—que cuando reduce a imágenes los conceptos más abstractos»¹. Pero diréis conmigo: las imágenes son precisamente el campo propio del pintor; y, en efecto, es tanto el poder de la inspiración, que «cuando el escritor u orador—son palabras del mismo Capmany—sabe usar de la fuerza y gracia del colorido, pueden sus palabras solas guiar la mano de un pintor para dibujar lo que describen»². O convertirse en pintor hablado él mismo; que eso, a la postre, son las charlas; y haciendo nuestra ahora una frase clásica de Simónides, tantas veces glosada por nuestros poetas clásicos, podemos concluir que «así como la Pintura es Poesía muda, la Poesía es Pintura que habla». Con ello triunfará una vez más el gran Horacio, dándonos con la concisión latina, y su elegancia habitual, en sólo cuatro palabras, la clave estética de las charlas: *Ut pictura, poesis erit; la Poesía será como la pintura*³. Esta sí es su sustancia, su fecunda raíz; tanto, que si, arrojando resueltamente to-



dos los tratados retóricos, acudimos a nuestros clásicos preceptistas del Arte de la Pintura, a Céspedes, a Carducho y, sobre todo, a Francisco Pacheco, bastará cotejar los requisitos que exigían a los buenos cuadros con las charlas de García Sanchiz, para comprobar cómo sus cánones y reglas se ajustan a aquéllos en un todo. «Toda pintura, escribía Pacheco siguiendo a Ludovico Dolce, tiene tres partes: *composición, dibujo y colorido*»⁴, las mismas también que concurren a la formación de la charla. ¿Recordáis aquellas cuatro calidades que Fernando de Herrera reputaba necesarias en todo cuadro para ser perfecto? : «*buena invención, buen diseño, buen colorido y bella manera*»⁵. ¿No brillan todas ellas asimismo en cada charla de García Sanchiz?

Cuando García Sanchiz escoge sus temas, mediante la invención, ¿no la veis adornada con aquellas tres otras notas propias suyas, según Pacheco, a saber: *noticia, caudal y decoro*, que llamaríamos hoy a la moderna, *curiosidad, profusión y elegancia*? Más tarde, al trazar sus descripciones habladas, como un pintor diseña los lineamentos de las figuras en el lienzo desnudo, ¿no resplandece en ellas «*la buena manera, la proporción y la perspectiva*», como elementos consustanciales a todo acabado dibujo? ⁶. «Es la pintura—continúa Pacheco—historia de los ojos, cuyo objeto, mediante la luz, son líneas y colores»⁷. Parece un trascripto a la inversa de las charlas, un compendio, una síntesis suya. Ojos escrutadores de todo lo bello, únicos, singulares, que, gracias a su condición nativa, resisten todas las luces, aun las más rutilantes, y aciertan a percibir facetas, contornos y relieves para los demás oscuros o borrosos. «Muchas cosas ven los pinto-

res—decía Cicerón—que nosotros, aunque más atentos las miramos, no las vemos»⁸. Pero no basta verlas físicamente; es menester luego descarnarlas, adelgazarlas, sacar de las especies que los objetos envían a los ojos su imagen bella y poética, y estas imágenes, delinearlas y colorirlas como un pintor hace con los ingredientes de su paleta, para darles luego representación, vigor y aliento. Así, a las figuras que en sus charlas evoca García Sanchiz podríamos aplicar aquellas mismas palabras de Ludovico Dolce hablando del Tiziano: «Todas sus figuras son vivas y se mueven y las carnes tiemblan»⁹.

Y con esto llegamos a la última parte común al cuadro y a la charla: al colorido, a aquel manchar con tonos vivos y calientes las imágenes de las cosas que captaron sus pupilas, que enriqueció su fantasía y nos devuelve su palabra hablada. Aquí es donde veo yo toda la fuerza íntima, toda la magia cautivadora de las charlas. ¿Por qué juega tanto el color en ellas? No temáis que mi pluma, abusando de vuestra paciencia, se enfrasque ahora en la inagotable disquisición que tan empeñadas disputas ha provocado desde Aristóteles a los psicólogos y físicos modernos sobre qué sea el color; y si éste reside en las cosas mismas, como un accidente de ellas, o es la propia luz que, al reflejarse en los objetos, nos da esta sensación; mas para mí es patente que el color juega un papel arcano, misterioso, indescifrable, pero capital e importantísimo en las génesis de las charlas, por obra de causas inaprehensibles para nosotros, y que guardan relación patente con alguna de esas teorías del color. No sabremos de cierto en qué consiste, física y filosóficamente; pero, a no

dudarlo, el color es algo más que una sensación o un accidente de las cosas; el color procede de lo más sustancial y genuino de las cosas mismas. Así, llegaríamos a explicarnos esa teoría del simbolismo de los colores, esa correspondencia y hermandad de los matices y tonos con las pasiones del alma, como si cada una al reflejarse en la vida lo hiciera acompañada de un color propio y peculiar, que las separase y distinguiese de las demás. La teoría es muy antigua, y de ella tuvo ya adivinaciones y barruntos el genio filosófico del Estagirita; mas donde arraiga hondamente y crea una verdadera escuela, con el favor que le dan los preceptistas y teóricos del Arte de la pintura, es en Italia, y Ludovico Dolce, primero con su opúsculo *Della qualità, diversità e proprietà de' colori* (Venecia, 1565) ¹⁰, y Fulvio Pellegrino con el suyo *Del significato de' colori* (Venecia, 1564) ¹¹, enseñan a los poetas que las pasiones y afectos del ánimo tienen cada cual su color propio y distintivo. ¡Con qué fruición acogerían aquéllos esta teoría, y cuánto será el partido que saquen del simbolismo de los colores en sus estancias y jornadas dramáticas! ¡Cabén con ellos tantos juegos de ingenio...! Nuestra constante relación literaria con Italia, la profunda influencia que ejerció sobre la lírica castellana, compruébase aquí una vez más. Comenzando por aquel precioso *Cancionero llamado Dechado de Colores*, donde las sucesivas entradas de la dama, vestida cada vez de uno distinto, sirven de advertimiento y presunción al galán para conocer sus ideas y sentimientos respecto a él ¹², hasta el *Romancero* ¹³, Cetina ¹⁴, Lope ¹⁵, Tirso ¹⁶, Pérez de Hita ¹⁷, Aguilar ¹⁸, Alarcón ¹⁹, y Calderón ²⁰, raro es el poeta de fama que, ora

por lectura directa de los tratadillos de Dolce y Pellegrino, ora por difusión de la teoría simbolista de los colores, deja de aceptarla y de reconocer su poder inmaterial, su virtud inmanente, la secreta y esotérica correspondencia que guardan con las pasiones del alma. Llegase todavía a más: a defender la excelencia de un color determinado sobre todos los restantes, como lo hace el portugués Alvarez Brandón ²¹ con el azul, al que contestarán dos ingenios castellanos: el doctor Fernando Cardoso, con su florido y docto *Panegírico y excelencias del color verde* ²², símbolo de la esperanza, y el capitán Fernández Villarreal, con el suyo, también en alabanza del verde, dedicado *A la Divina Celia*, nombre poético de la dama por cuyo mandato lo compuso ²³. A todos ellos había de superar en doctrina personal y noticias exquisitas el eruditísimo Faría y Sousa en varios pasajes de su ingente Comentario a *Los Lusíadas*, no sólo porque él reúne cuanto hasta entonces también se había escrito sobre el simbolismo de los colores, sino porque, adelantándose a los modernos, planteará los términos del problema del color con muy aguda intuición y perspicacia. Consentidme ahora—aunque la cita sea algo larga—que os traslade aquí la curiosa enumeración que hace Faría, porque con ella, además, volveréis a oír los nombres castizos y graciosos de todos los colores, dichos a la española, ahora, por desgracia, olvidados y sustituidos por torpes galicismos. Comentando la muy practicada costumbre de antaño de que los soldados y hombres de guerra vistiesen trajes de colores vivos y alegres, escribía el doctísimo portugués: «Hoy casi todos los galanes y soldados hacen esta devoción y estas aplicaciones a sus damas, vistiéndose de los

colores que ellas más estiman o que más pueden significar sus intentos. No sirven ellos en los soldados y amantes solamente de galas, mas también de imágenes de pensamientos amorosos, o militares, o devotos... El *blanco* significa pureza, fe y triunfo; el *rojo*, ira, crueldad y venganza; el *verde*, esperanza, alegría y festejo; el *azul*, grandeza de ánimo, amor puro y pensamiento sublime; el *amarillo*, soberbia, dominio y arrogancia; el *negro*, tristeza, dolor y sentimiento; el *encarnado*, amoroso contentamiento y haber logrado el último favor de la amada; el *verdegay* o *limonado*, desesperanza y tormento; el *leonado* o *castaño*, gratitud, animosidad y fortaleza; el *pardo*, humildad, sufrimiento y paciencia; el *morado*, desprecio de vida por la cosa amada; la *mezcla*, fantasía o pensamientos varios; el *argentino* o *plateado*, temor, pasión y celos; el *oro*, poder, honra y amor»²⁴.

No juzguéis por impertinente y presuntuosamente erudita esta digresión sobre el simbolismo de los colores, ya que en ella veo yo la génesis, la estética propia de las charlas, y la formación natural misma del charlista. Porque si los colores pueden traducir someramente las pasiones del alma, si cada objeto parece que hierre nuestra vista primero y la fantasía después con su tono singular y privativo, las cosas todas, reales e incorpóreas, cuanto se encierra en los inmensurables linderos de la Belleza, serán un campo privilegiado y vastísimo para aquel a quien la naturaleza y la vida hayan concedido su visión clara, cromática, y el sentido innato del color. Es, en sustancia, la misma teoría que propugnaba aquel fraile extravagante, precursor notabilísimo de algunos inventos modernos, fray Antonio de Fuente-

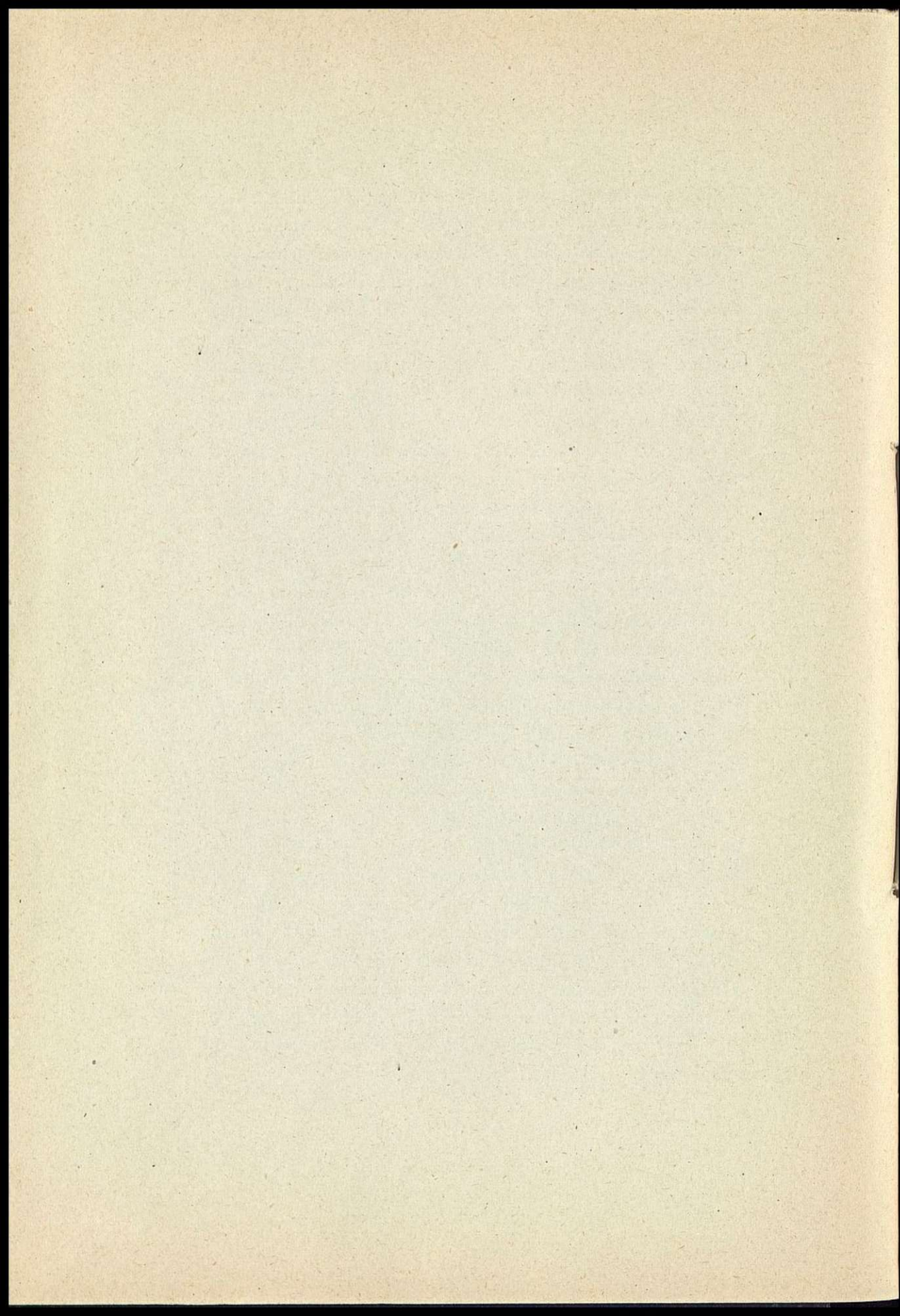
lapeña, en su por demás curioso libro *El ente dilucidado*, cuando decía que «el color nace del temperamento»²⁵. «Mezclados los colores, añadía Faría y Sousa, se mezclan los pensamientos.» Exactísimo. Imaginad, en efecto, a un artista como García Sanchiz, de raza levantina, cuyas pupilas se hayan educado desde niño en la percepción de aquella luz mediterránea, alma del color, luz singular y diáfana, que brilla con fulgores, matices y reflejos, con visos y cambiantes como ninguna otra del mundo, luz limpia y maravillosa que acaricia y deslumbra a la vez, que embriaga y se mete por las venas, comunicando a la sangre todo su fuego creador, luz que destaca los perfiles y delineamientos de las cosas y aviva y enciende su colorido; un hombre de la estirpe pictórica de un Sorolla, de un Benlliure, de un Pinazo, hijo, en fin, de aquel Mediterráneo, cuna de las Artes bellas, madre amorosa y propicia siempre a engrandecerlas y renovarlas; cultivad su espíritu con el estudio y la lectura, infundiéndole en él el hambre de todo lo que es bello; llevadle luego por el mundo todo para que sus ojos penetrantes, amaestrados ya, puedan hacer presa en figuras bizarras, en panoramas maravillosos, en escenas y espectáculos peregrinos; infundid en cada uno su color propio y peculiar, que todos lo tienen también, aunque los demás no lo percibamos, para que impresionen su retina, tomando de cada objeto sus líneas más o menos precisas, pero con sus tonos típicos y verdaderos; dejad luego que las imágenes de estas cosas se fragüen en su fantasía, en ese misterioso crisol de la creación poética; dadle palabras por pinceles, y por lienzo un escenario, y tendréis por creado al charlista y por nacida su charla, viva y pujante, como un paleta

que habla, con todos sus matices, como un cuadro excelente más.

Muchos son, en efecto, los elementos que concurren al nacimiento de las charlas; pero ningunos tan poderosos y sustanciales como la luz y el color. García Sanchiz es eso ante todo, un prodigioso colorista o *coloridor*, como dirían nuestros clásicos; las charlas proceden más aún de sus ojos que de su fantasía; por eso, en una definición breve y sintética, yo me arrojaría a llamarlas «*la retina hecha palabra*». Temperamento privilegiado de pintor; si nos propusiésemos adscribirle a un escuela pictórica, ninguna hallaríamos más apropiada para él que la del impresionismo, a la manera de un Monet, de un Renoir, de un Degas, ya que, paralelamente, parece García Sanchiz hermano literario suyo en el predominio del colorido sobre el dibujo, en su amor al paisaje y a los juegos de luz, en no cerrar nunca la vena de su entusiasmo, dando rienda suelta a su emoción interior cuando traza sus charlas. Y para que tampoco faltase en este bosquejo la nota española, castiza y tradicional, habría que pedir al barroco que nos prestase algunos de sus caracteres típicos, como la opulencia de las formas, la supremacía de las líneas curvas sobre las rectas, el abigarramiento del conjunto dentro de un sentido alegre, optimista y humano del Arte, acabando así la estética de las charlas.

Mas también ellas llevan en sí mismas el germen fatal de su inevitable muerte; las charlas son flor de una hora; un resplandor que ciega, una llamarada que deslumbra, algo maravilloso, en fin, pero que se extingue y desvanece con las últimas palabras del charlista. ¿Estarán condenadas algún día a ser una manifestación solita-

ria en la literatura castellana? ¡ Ojalá no se realicen estos augurios, para esplendor de ellas ! ; más, entretanto, nadie intente imitarle, si no reúne sus dotes nativas y las acumuladas en el curso de su vida singular ; nadie pretenda tampoco perpetuarlas en una copia taquigráfica, escrita. Las charlas son pintura, y la pintura no consiente descripción que sustituya al modelo ; las charlas viven por la luz y el color, y la luz de la palabra es inaprehensible, como lo son también el lustre y gracia de su rútilo colorido. Arte nuevo y bellissimo, mitológica transmutación de los elementos primarios de la pintura por obra del verbo, arte puro, noble y exquisito, daba títulos muy sobrados a su creador para sentarse en esos bancos. Porque en todos vosotros, señores Académicos, veo y admiro yo a cultivadores insígenes y famosos de la poesía, de la novela, de la dramaturgia, de la elocuencia y de la erudición ; pero todos estos géneros cuentan ya por siglos su existencia, son formas literarias que vosotros no pudisteis inventar, porque la antorcha simbólica que arde en vuestras manos la recibisteis de otros antecesores vuestros, como ellos la heredaron a su vez. García Sanchiz ha encendido la suya el primero, trayéndonos con sus charlas una primorosa y nueva modalidad de la palabra hablada, para que recibiese aquí su consagración oficial. Al otorgársela vosotros, al darle yo la cordialísima bienvenida en nombre de nuestro Instituto, hago votos también para que la llama de su tea brille durante muchos años, luminosa y fúlgida, en servicio de España y esplendor de nuestro idioma vernáculo, que él con tanta maestría y decoro ha sabido enaltecer con sus hermosos libros y singularmente con sus bellísimas charlas.



NOTAS

1 ANTONIO DE CAPMANY: *Filosofía de la Elocuencia...* Gerona, Oliva, 1826, pág. 20.

2 *Ibidem.* Pag. 23.

3 *Epistola III Ad Pisonem...*, vers. 361.

4 FRANCISCO PACHECO: *Arte de la Pintura, su antigüedad y grandezas*, Sevilla, 1649. Cito por la reimpresión de Cruzada Villaamil, Madrid, 1866, tomo I, pág. 223.

5 *Apud* PACHECO: *Arte de la Pintura...*, tomo I, pág. 223.

6 PACHECO: *Arte de la Pintura...*, tomo I, pág. 224.

7 *Ibidem*: tomo I, págs. 226 y 227.

8 *Apud* VICENTE CARDUCHO: *Dialogos de la Pintura...*, Madrid, 1633. Cito también por la edición de Cruzada Villaamil, Madrid, 1865, pág. 238.

9 *Apud* PACHECO: *Arte de la Pintura...*, tomo I, pág. 390.

10 LUDOVICO DOLCE: *Della qualità, diversità e proprietà de' colori*. Venetia, Sessa, 1565. 8.º menor, 86 ff. + 2 al fin.

11 *Del / significato / de' colori, / e de' mazzolli. / Di Felvio Pellegrino / Morato Mantovano. / Di nuovo con somma diligenza ristampato... In Venetia, appresso Domenico Nicolino, MDLXIII (1 vol. 8.º menor, de 24 ff. 4 de índice, todos sin foliar: Bib. Nac.)*. En este curioso tratadillo, Pellegrino no se contentó con la significación simbólica de los colores, propiamente, sino que la extendió a las flores y a las plantas.

12 *Dechado de colores, Cancionero de amadores y dechado de colores, en el cual se contienen muchos villancicos sobre diversas colores y las significaciones dellas, y un romance nuevo con unas octavas. Compuesto por Melchor Horta...* Pliego gótico, sin lugar ni año, impreso hacia 1573 y reproducido por Mr. Foulché-Delbosc en su compilación de *Les Roman-*

cerillos de la Bibliothèque Ambrosienne. (*Revue Hispanique*, tomo XLV, páginas 510 y sig. Cito por la tirada aparte, págs. 96-100.)

13 Vid. el artículo de Mr. HERBERT A. KENYON: *Color symbolism in early spanish ballades*. (*Romanic Review*, vol VI, págs. 327-340.) *Ballades* está empleado aquí impropriamente por *romances*. Numerosos son los romances citados por A. Kenyon donde se recoge este simbolismo, pero todos ellos pertenecen a la época erudita o literaria del romance, de fines del siglo XVI, no encontrándose rastro suyo en los romances viejos.

14 En el lindo soneto sobre los colores y su significación, que dice:

Es lo blanco castísima pureza;
Amores significa lo morado;
Crüeza o sujeción es lo encarnado;
Negro obscuro es dolor; claro, tristeza;
Naranjado se entiende que es firmeza;
Rojo claro es vergüenza, y colorado
Alegría; y si obscuro, es lo leonado
Congoja, claro es señorial alteza.
Es lo pardo trabajo; azul es celo;
Turquesado es soberbia, y lo amarillo
Es desesperación; verde, esperanza;
Y desta suerte, aquel que niega el cielo
Licencia en su dolor para decillo,
Lo muestra sin hablar por semejanza.

Obras de Gutierre de Cetina... Sevilla, 1895, tomo I, pág. 91, y en GALLARDO: *Ensayo...*, tomo II, cols. 419 y 420.

15 Ha tratado singularmente de este punto en Lope el erudito americano W. L. FICHTER en su artículo *Color symbolism in Lope de Vega* (*Romanic Review*, tomo XVIII, págs. 220-231). A los muchos pasajes reunidos por Fichter, en su mayoría de comedias de Lope, podría agregarse aquella brillante descripción del embarque de la soldadesca de Drake en *La Dragontea*: (Canto II. *Obras sueltas...*, edic. Sancha, tomo III p. 211.)

Ya los bizarros jóvenes vestidos
De diferentes sedas y colores,
Dando en ellas indicios y sentidos
A la diversidad de sus amores:
Leonado, ausencias, *pardo*, a los olvidos,
Azul, a celos, *rojo*, a los favores,
Pagizo, a los desdenes, *blanco*, al alma,
Entre la tierra y mar están en calma.

Sobre el sentido de la luz en Lope y cómo veía sus juegos y los colores podrían escribirse páginas muy curiosas e interesantes, que no son de este lugar.

16 Sobre el simbolismo de los colores en la obra dramática de Tirso de Molina, véase artículo de S. GRISWOLD MORLEY titulado *Color symbolism in Tirso de Molina* (*Romanic Review*, tomo VIII, págs. 77-81, principalmente en su comedia *La República al revés*), (*Comedias...*, edic. Cotarelo, II-108). El Profesor F. O. REED ha escrito asimismo sobre este tema en *Modern Language Notes...*, tomo XXXI, pág. 176. El código simbólico de los colores no es siempre el mismo en todos los poetas; con frecuencia varía su significado de cada color de unos a otros escritores.

17 En un pasaje de sus *Guerras civiles de Granada* (Madrid, 1913, I-45) da a entender Pérez de Hita cuán popular era el uso de colores distintos para expresar los varios afectos del alma: «Zaide muchas veces mudaba trajes y vestidos, conforme la pasión que sentía; unas veces vestía negro solo... otras, vestía azul, mostrando divisa de rabiosos celos... otras, de amarillo, por mostrar desconfianza... De suerte que muy claro se echaba de ver en Granada los efectos de su causa y de sus amores.»

18 *Cancionero de la Academia de los Nocturnos de Valencia...* Valencia, 1906, tomo II, págs. 173-174.

19 En su comedia *Las paredes oyen*, Vid. la erudita nota de D. Alfonso Reyes para la edición de esta obra en *Clásicos Castellanos*, tomo 37, página 143, donde cita también aquel pasaje de Quevedo en sus *Premáticas...* (Rivad. XXIII-429), cuando dice: «Quitanse las significaciones de los colores, que son muy enfadosas», lo cual da a entender que ya en su tiempo iban cayendo en desuso.

20 En su auto sacramental *La primer flor del Carmelo* (*Autos Sacramentales*, Rivad., tomo LVIII, pág. 319), hay un juego de los colores, en el cual van saliendo cada uno de ellos con su significación ideológica o afectiva.

21 En el tratadillo que describo más adelante del capitán Fernández de Villarreal, dice éste en su prólogo al lector: «Este Discurso es respuesta a otro del color azul que escribió el Doctor Fernando Alvarez Brandon, insigne jurisprudente, ilustre ingenio lusitano y íntimo amigo mío.» Pero a pesar de mis búsquedas, no he podido dar con él.

22 *Panegirico y excelencias del color verde, simbolo de esperanza*. Madrid, Francisco Martínez. 1635, 8.º No conserva tampoco este opúsculo la Biblioteca Nacional. Debieron de destruirse sus ejemplares, con otras de sus obras, al abjurar Cardoso la fe católica para volver al judaísmo, su primera religión.

23 *Color / verde. / A la Divina Celia. / Por / El Capitán Manvel / Fernández Villarreal / ... Con licencia. / En Madrid, por la viuda de Alonso / Martín, Año de 1637. / 1 vol. 8.º menor de III + 32 pp. (Bib. Nac.)* En la explicación del color Villarreal sigue, naturalmente, la doctrina de Aristóteles. La significación consabida de los colores tráela al folio 22; puede leerse copiada en GALLARDO... *Ensayo...* II, núm. 2.197. Ya se imaginará el lector que para probar la excelencia del color verde sobre los demás,

Fernández Villarreal trae a colación cuantas cosas hermosas encierra de esta tonalidad el mundo, desde la esmeralda y los ojos verdes, hasta pasajes de la Biblia y de la historia de los fenicios, al uso de los eruditos de su tiempo...

24 *Lusiadas de Lois de Camoens, principe de los poetas de España...*, Comentadas por Manuel de Faria y Sousa... En Madrid por Ivan Sánchez, Año 1639 (tomo I, canto IV, col. 273). Otros pasajes muy curiosos trae Faria sobre el color, acogiéndose a la opinión de algunos filósofos antiguos «que juzgaron no proceder el color en los cuerpos del temperamento de las calidades, sino de la repercusión de la luz, como sucede en el cuello de las palomas y otras aves» (tomo I, canto IV, col. 381). En otro lugar plantea la extraña cuestión de si el día tiene o no color (tomo I, canto IV, col. 460). De su libertad y amplitud de espíritu es típica muestra aquella desenfadada respuesta que dió a ciertos críticos que le censuraban haber escrito que unas violetas eran amarillas o doradas: «Dixeronme algunos curiosos, habiendo entendido de mí esta explicación, que no las había deste color.—Si no las vieron en las planas del campo—repuso Faria—veranlas en las destas notas» (tomo II, canto IX, col. 172).

25 «El color nace del temperamento, y así vemos que de la variación del temperamento se varían los colores, que no repugna que se dé o pueda dar animal cuyo natural temperamento no induzca color o luz, o la induzca tan remisa o rara que no pueda inmutar la potencia visiva.» *El Ente dilucidado. Discurso unico novisimo que muestra ay en Naturaleza animales irracionales invisibles y quales sean. Por el Revd. P. F. Antonio de Fuentelapeña...* En Madrid. En la imprenta real. Año de 1676 (ff. 14 y 15).

El insigne pintor don Emilio Sala escribió una cartilla pictórica intitulada *Gramática del color* (Madrid, Murillo, 1906: 1 vol. en 8.º de VIII + 184 pp.) llena de observaciones muy agudas y a veces coincidentes con esta misma tesis.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Discurso del Excmo. Sr. D. Federico García Sanchiz.....	5
Discurso del Excmo. Sr. D. Agustín G. de Amezúa y Mayo.	35
Notas.....	63

